

 HARLEQUIN™

*Jazmin*™

A romantic couple is shown in a close embrace in a lush green field. The man, on the left, has short brown hair and is wearing a light blue button-down shirt. He is looking up at the woman with a smile. The woman, on the right, has long brown hair and is wearing a white dress with a vibrant floral pattern in blue, red, and yellow. She is smiling down at the man, with her hands resting on his face and neck. The background is a soft-focus green field under a bright sky.

AROMAS DE OTRO  
MUNDO  
STEPHANIE DOYLE

— *Jazmin*

STEPHANIE DOYLE  
Aromas de otro mundo

 HARLEQUIN™

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2001 Stephanie Doyle  
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Aromas de otro mundo, n.º 1671 - septiembre 2019  
Título original: Down-Home Diva  
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Jazmín y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1328-445-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

## Prólogo

ME PARECE que está muerto.

Claudia Bertucci se giró hacia su amiga, que la miró con aquella expresión bobalicona suya que tan bien reflejaba lo que tenía dentro de la cabeza.

–¿Hay un hombre desnudo en tu bañera con tres bolsas de hielo, los ojos abiertos como platos y un agujero en la frente y crees que está muerto?

Antoinette la miró con los brazos en jarras.

–Bueno, sí, está muerto –dijo impaciente–. ¿Y qué hacemos ahora?

Claudia cerró los ojos y tomó aire, no muy fuerte porque no quería oler al tipo muerto.

–Supongo que ha sido Rocco –dijo Claudia pensando en el novio mafioso de su amiga.

–Nooo. Rocco nunca haría algo así. No es un asesino –contestó Antoinette negando con la cabeza y meneando sus rizos rubios.

–¡Pero si es un gángster! –le espetó Claudia–. Podría ser un asesino. Podría ser el mayor asesino del mundo.

–No, te lo juro. Rocco solo blanquea dinero y, de vez en cuando, se queda con algo. ¿Crees que podría estar casi prometida con un asesino?

Claudia pensaba que Antoinette podría estar comprometida con Jeffery Dahmer sin enterarse ni cuando desapareciera su gato Buffy.

–¿Y entonces quién se ha cargado a este tipo? ¿Tú?

–Venga, no seas ridícula, Clade. Me conoces de sobra. Somos como hermanas.

Cierto. Habían crecido juntas y Claudia siempre había ejercido de hermana mayor y había cuidado de Antoinette. Recientemente, incluso le había dado trabajo en su salón de manicura. No importaba que se equivocara de vez en cuando dando citas o varias veces al día, la verdad. Lo importante era que estaban muy unidas. Claudia la había sacado de todos los líos en los que se metía sin darse cuenta.

Pero aquello era diferente. Había un muerto en su bañera. La última vez que Antoinette le había pedido ayuda con un muerto de por medio el desgraciado había sido un pez. Con los peces sabía lo que hacer, por el retrete y listo, pero estaba claro que aquel tipo no iba a caber.

Estaba segura de que había sido Rocco, pero no lo iba a repetir porque lo único que iba a conseguir sería que su amiga se lanzara a defenderlo. Y, la verdad, no le apetecía. Se había pasado toda la noche en el salón haciendo la contabilidad, algo que odiaba, y, cuando se iba a ir dispuesta a dormir todo el día, la había llamado su amiga para que fuera a ver a un tipo que tenía en la bañera. Le había parecido raro, pero, bueno, como hacía tiempo que no veía a un hombre desnudo... Supuso que sería algún tío bueno amigo de Rocco. Lo que no se esperaba era que fuera a estar muerto.

–¿Lo tapamos con una manta? –sugirió Antoinette.

–¿Para qué? ¿Para que no se enfríe? Con las tres bolsas de hielo que tiene... ¡Además, está muerto! ¡Una manta no lo va a revivir!

–Ya sé que está muerto, Claude, pero mírale la cosita. Está muy arrugada. Si estuviera vivo, se moriría de vergüenza.

Tras pedirle a su difunta madre que le diera paciencia, Claudia agarró a Antoinette de los

hombros y la miró a los ojos.

–A ver si lo entiendes. Uno: el tipo está muerto. Dos: me importa un bledo que su cosa esté arrugada porque, tres: ¡está muerto! Tiene problemas más grandes.

–¿Y qué hacemos?

–Llamar a la policía.

–Por favor, no –imploró Antoinette agarrándola del brazo y dando brinquitos como una niña–. Le echarán la culpa a Rocco.

–Y no quieres que eso suceda porque...

–Porque él no ha sido. Sé que no ha sido él.

–¿Cómo lo sabes? ¿Has visto quién lo ha hecho?

–No. Cuando llegué a casa, el fiambre ya estaba en la bañera. Pero Rocco tiene a mucha gente por encima. Hay uno que se llama Jimmy, que siempre está comiendo chicle. Tiene ojos pequeños y brillantes y he oído que ha subido en el escalafón. Seguro que ha sido él.

–Mira, Toinette, será cierto que Rocco tiene a mucha gente peor que él por encima, pero el muerto está en tu bañera. Si no lo denuncias, vas a convertirte en cómplice. Puedes ir a la cárcel y, entonces, tendrías que contar todo lo que sabes de los negocios de Rocco y de sus amigos.

–Me niego –dijo muy segura–. Me agarraré al quinto mandamiento.

–No es un mandamiento sino una enmienda y no se agarra uno a ella sino que se acoge.

–¡Tú siempre tan listilla!

–¡Y tú siempre tan tontita! Dudo de que sepas lo que significa acogerse a la quinta enmienda.

–Claro que lo sé. Lo hacen constantemente en la serie NYPD Blue. Y también hay otra cosa que prohíbe que testifiques contra tu marido.

–Claro y si ese desgraciado se casara contigo podrías decirlo, pero, después de siete años de relación, lo único que has conseguido ha sido un abrigo de piel falso en el armario y un tipo muerto en la bañera.

–¡No es falso! Es mapache auténtico. No pienso testificar. Quiero a Rocco. Por eso estás siendo tan malvada. Estás celosa.

–Sí, claro, Toinette. Quiero salir con un gángster y encontrarme muertos en el baño.

–Por lo menos, yo estoy enamorada de mi novio.

Golpe bajo.

–Yo quiero mucho a Marco.

–Sí, por eso, cada vez que te lo pide le dices que no.

–No es el momento de hablar de mi vida privada. ¿Tienes alguna sugerencia? –preguntó suponiendo que no.

–¿Y si lo llevamos a otro sitio? –dijo Antoinette con cara de asco. Estaba tan dispuesta a tocar el cuerpo como Claudia. Vuelta al plan A.

–Voy a llamar a la policía.

–¿Quién va a llamar a la poli?

Claudia dio un respingo al oír aquella voz justo detrás de ella. Oh, oh, Rocco.

Efectivamente, justo en la puerta para que no pudiera salir.

–¡Rocco! Mi amor, menos mal que has llegado. Mira. Tenemos un muerto en la bañera. Le he dicho a Claudia que no has sido tú, pero ella quiere llamar a la policía.

«Con calma», pensó la aludida tragando saliva e intentando sonreír a aquel tipo bajito y forzudo que vestía trajes baratos, llevaba una colonia todavía más barata y uno anillo falso en cada dedo. Era patético, pero era de la mafia y todo el mundo en Nueva York tenía claro que era mejor no meterse con ellos.

–Aquí nadie va a llamar a nadie –anunció Rocco–. A ver ese fiambre, preciosa.

Claudia supuso que no le estaba hablando a ella. Se retiró para que el mafioso pudiera echar un ojo a la bañera. Claudia ni se lo pensó. Salió del baño directa a la puerta.

–Claudia, ¿adónde vas? –gritó Antoinette.

–¡Ven aquí! –gritó Rocco.

Demasiado tarde. Claudia ya estaba en el ascensor. Tenía que ir a la policía. Los convencería de que Antoinette no había tenido nada que ver. Rezó para que, si no lo lograba, hubiera una eximente por estupidez crónica.

Cuando fue a salir del ascensor, un tipo con una gorra de béisbol calada hasta los ojos chocó con ella.

–Perdón.

–Anda –ladró él.

Si no hubiera tenido tanta prisa, se habría parado a decirle un par de cosas. El hecho de estar en Nueva York no quería decir que todo el mundo pudiera ir por ahí contestando mal. Era su cruzada personal, intentar cambiar esa actitud, pero no era el momento.

Salió del edificio y la ciudad la absorbió rápidamente. Era domingo por la mañana. En cualquier otra parte del mundo no habría mucha gente en la calle, pero no en Nueva York, lo que era una suerte porque, si Rocco la había seguido, no la encontraría.

Con su pelo negro, su tez blanca y vestida en tonos oscuros, se perdió entre la muchedumbre.

# Capítulo 1

NECESITO que me hagas un favor.

–¿Dónde habré oído eso antes? –dijo Ross Evans. Solo conocía a una persona que empezara las conversaciones así.

–Es un favor de nada.

–Suéltalo, MacCurdy –gruñó Ross–. Tengo mucho trabajo.

–En realidad, ha sido idea de Frank.

Ross esperó.

–Necesitamos que nos vigiles a una testigo.

Ross siguió esperando.

–No es peligrosa. Ni siquiera es una testigo de verdad. No ha visto nada. Solo encontró un cadáver, pero la mafia está metida y no les ha hecho ninguna gracia que le fuera con el cuento a la policía. Como está involucrado un tipo que estamos buscando, hemos decidido protegerla. El tipo no es un pez gordo, pero creemos que podría llevarnos al jefazo. ¿Qué dices?

–No.

Como si lo hubiera oído, MacCurdy siguió hablando.

–No sé por qué la vamos a proteger. No nos va a servir de nada. Dos gorilas intentaron asustarla, pero no consiguieron nada. Seguro que no la van a volver a molestar, pero ya conoces a Frank, siempre tan precavido. No quiere que nadie sepa dónde la tenemos. La verdad es que, para entrar en materia...

–Por favor –dijo Ross con frialdad.

–La han localizado dos veces aunque la segunda se escondió en el bosque y, técnicamente, no la encontraron. La cosa es que, desde entonces, dos agentes están permanentemente con ella. Resulta que una de sus empleadas es la novia de ese tipo que te he dicho que nos va a llevar hasta el pez gordo. Me parece que la testigo ha hablado con su amiga y le ha dicho dónde estaba. Hay que ser idiota. ¿Qué dices?

–No.

–Frank dice que tiene que haber un topo, pero yo ya le he dicho que es ella misma, que ha llamado a su amiga –continuó MacCurdy–. Pero ya lo conoces. Me ha dicho que busque un sitio que no esté en la lista de escondites, un lugar alejado de la mafia. Entonces, se le ocurrió que a ti te podría ir bien un poco de diversión. ¡Llevas años en esa granja! Eras el mejor agente del cuerpo. Debes de estar muriéndote por volver a tener algo de acción en tu vida.

–Estás dejando de fumar, ¿verdad? –preguntó Ross. No podía ser otro el motivo de semejante verborrea.

–Me como las tabletas de nicotina como si fueran caramelos. ¿Cómo lo sabes?

–Ya ves.

–Bueno, ¿qué dices?

–No.

MacCurdy suspiró.

Ross no tenía por qué darle más explicaciones, pero recordó que el que le estaba hablando era su ex compañero.



–Mira, tengo que pensar en Rosa May. No puedo ponerla en peligro.

–¿Quién ha hablado de peligro? No hay riesgos.

–La han localizado dos veces –le recordó Ross.

–¡Porque llamó por teléfono! Fue su amiga, seguro, pero hemos tomado precauciones. No le hemos dicho adónde la vamos a llevar. Mientras esté contigo en Wisconsin, no podrá hablar con su amiga. Hay muchas granjas en Estados Unidos.

–Pues búscate otra.

–Eso no es tan fácil –suspiró MacCurdy.

–¿Por qué?

–Porque estamos llegando a tu casa en estos momentos.

Ross maldijo y miró a su alrededor para ver dónde estaba su hija de once años. Por suerte, no andaba por allí.

–Los tienes cuadrados ¿eh, MacCurdy?

–Ha sido idea de Frank. Si no quieres hacerlo, llámalo a él.

«Claro», pensó Ross. ¿Cómo iba a llamar al hombre que le había sacado de incontables problemas?

–Espero que sepas lo que estás haciendo, MacCurdy. Al menor indicio de problemas, la dejo en la primera esquina que vea, ¿entendido?

–Entendido –contestó MacCurdy–. Sal a darnos la bienvenida.

Ross colgó furioso. Era lo último que necesitaba en su vida. Estaba encantado en su granja y no echaba en absoluto de menos la acción.

Bueno, aquello no era cierto del todo. La echaba un poco de menos, pero tenía otras responsabilidades. Su hija, para empezar. La granja, para seguir. Era lo único que había heredado de su padre.

El sonido del claxon penetró en la cocina y Ross fue hacia la puerta de atrás. Agarró la gorra y se la puso para que no le diera el fuerte sol del verano en los ojos.

Rosa May, encantada de tener visita, ya estaba recibiendo a los desconocidos. A sus once años, era una niña espigada con el pelo muy rubio, como su madre, y una barbilla orgullosa, como su padre. Era su vida y se dejaría matar antes de que aquella testigo, fuera quien fuera, pusiera en peligro a su hija.

–Rosa May, vete dentro –dijo Ross.

–¿Quiénes son, papá?

–Viejos amigos –contestó él. Era verdad a medias. No le gustaba mentir a su hija, con la que tenía una relación muy buena, pero no estaba muy seguro de hasta dónde quería que supiera quién era la invitada.

Ross observó el Ford negro entrando por el camino que llevaba a su casa. Lo vio moverse de un lado a otro, botar y brincar. Como él recorría aquel kilómetro y medio en su camioneta, no se había dado cuenta de la cantidad de baches que había. Por una parte, se alegró pensando en cómo debían de tener los ocupantes del coche los estómagos. Les estaba bien empleado por irrumpir en su pacífica vida sin avisar.

Claudia pensó que, si aquello no dejaba de moverse, iba a vomitar. No iba a ser bonito. Le habían tapado los ojos y le habían puesto unos auriculares con una música terrible a todo volumen. ¿No sabían quiénes eran Verdi, Vivaldi y Madonna? Lo único que estaban consiguiendo era irritarla todavía más de lo que estaba desde aquel día en el que Antoinette había encontrado un muerto en su bañera.

Primero la habían llevado a una casa muy segura en Jersey. Los gorilas habían volado todas las

ventanas de la casa y, de milagro, no la habían dado. Debían de ser novatos. Ni entraron a ver si la habían matado. Principiantes. Aunque mejor así, claro.

Luego, la llevaron a un cobertizo en algún lugar de Virginia. Volvieron a disparar por las ventanas. Se les daba muy bien eso de cargarse los cristales. Aquella vez alcanzaron al agente en el brazo. Claudia había pasado un mal rato llevándolo por el bosque, pero encontró una cueva y se escondieron allí hasta que pasó la tormenta. El agente estaba como si le hubieran dado en el estómago en lugar de en el brazo. ¿Pero cómo eran tan llorones?

Maldita Antoinette. Maldito Rocco. Maldito hombre desnudo. Era lo último que necesitaba en su vida. Había conseguido que su salón de manicura tuviera buena fama, algo nada fácil en Brooklyn. Su local era diferente porque las uñas se diseñaban de forma personalizada para cada clienta. Iban mujeres de todas partes para presumir de que Claudia les había hecho las uñas.

Y, de repente, se encontraba huyendo para que no la mataran y, obviamente, alguien tenía informado a Rocco de dónde estaba. Aquella vez, parecía algún lugar en mitad de la nada. Por fin, el coche se paró. Su estómago se volvió a quejar para que quedara claro que no le había gustado ni el viajecito ni el burrito congelado que le habían dado por la mañana.

–Aire –murmuró quitándose los auriculares–. Necesito aire –añadió abriendo la puerta del coche y cayendo al suelo–. ¡Dios mío! ¿A qué huele?

Se quitó la venda que llevaba en los ojos con cuidado para no despeinarse ni estropearse el maquillaje. La máscara de ojos no quedaba bonita cuando se estropeaba.

Hierba. Kilómetros y kilómetros a su alrededor. Vio manchas blancas y negras a su izquierda. Vacas, supuso. A la derecha, había una casa. Blanca, de dos plantas, con porche alrededor. Más allá un granero que era más grande que la casa. ¡De hecho, era enorme! Al lado, un edificio bajo y alargado y, más allá, uno de aquellos gigantescos cilindros que tenía que tener toda granja que se preciara. Un símbolo fálico, sin duda. No era de extrañar que casi todos los granjeros fueran hombres.

¿Estaba en la tierra de los Amish o qué? Vio una camioneta roja junto a la casa y un tractor. Sabía que los Amish no conducían, así que ¿dónde diablos estaba?

–¿Dónde diablos estoy?

–Papá, ha dicho diablos –rio la niña.

Vaya. Debía de ser una palabra demasiado malsonante para aquella niña de «La casa de la pradera».

–Le agradecería que no empleara ese lenguaje delante de mi hija –dijo la voz de los supertacañones.

Iba a ser un hueso duro de roer. Alto, ancho de espaldas y muy fuerte. A su lado, Arnold Schwarzenegger era una zapatilla rusa. ¿Serían todos igual por allí?

–Lo siento. Estoy un poco confundida.

–Si no le gusta cómo huele aquí, váyase –sugirió el grandullón, obviamente molesto por que alguien hablara mal de su granja.

–Lo siento, pero venga, hombre ¿a quién le gusta este olor? –insistió aun a riesgo de ofenderlo más. ¡Oía horriblemente mal!

–A las vacas no parece importarles.

–Bueno, supongo que si las vacas lo aguantan, yo también podré –dijo Claudia.

Claudia Bertucci había mantenido a raya a ladrones y gánsters, había pegado a hombres y a Joey Angelucci en quinto curso por haberle querido dar un beso con lengua. Así que supuso que podría con aquel olor. De lo que ya no estaba tan segura era de poder con el grandullón.

–Habla raro –volvió a reír la niña.

–Soy de Brooklyn, no de Marte, guapa –dijo sonriendo. La risa de la niña era el sonido más normal que había oído en mucho tiempo.

Ross pensó que aquello era cuestionable. Estaba tan fuera de su elemento como un esquimal en Fiji. Llevaba una cazadora de cuero negro sobre los hombros, una camisa de seda rosa que apenas le cubría los pechos y unos pantalones de licra negros tan apretados que, si hubiera tenido un gramo de grasa, se lo habría visto a distancia, pero no lo tenía. Calzaba unas sandalias con ocho centímetros de tacón y el pelo, negro con reflejos caoba, disparado como si acabara de meter los dedos en un enchufe. Ross supuso que buscaba aquel look adrede. No sabía si las gafas de sol que llevaba sobre la cabeza se le sujetaban en las orejas o por un descarado exceso de laca. ¡Y qué pendientes! Unos enormes aros dorados que le llegaban a los hombros. Aquello no iba a funcionar.

–Esto no va a funcionar –murmuró Ross. Ella debió de oírlo porque frunció el ceño.

MacCurdy se reunió con ellos mientras el otro agente se pasaba al asiento del copiloto. Sonreía con falsedad.

–¿A que es estupendo? Seguro que os vais a llevar de maravilla.

Pasando olímpicamente del Granjero Ted, Claudia se giró hacia el agente MacCurdy.

–¿Dónde estoy?

–Ya le he dicho que es confidencial. Es por su seguridad.

Claudia se giró hacia la niña.

–Dime preciosa, ¿dónde estamos?

–En Sun Prairie, Wisconsin.

–¡Dios mío! –gimió MacCurdy–. Todo al garete.

–Mi padre siempre me dice que diga la verdad –apuntó Rosa May.

–¿Sun qué? –dijo Claudia sin poderse creer que hubiera un lugar llamado así–. ¿Esto es una broma?

–¡Dios mío! –se quejó MacCurdy.

Claudia supuso que no era una broma.

–Gracias, guapa –le dijo a la niña y se giró hacia el agente–. Tranquilo. Antoinette es mi mejor amiga, pero solo me fío de ella para dar citas en el salón y eso porque tengo a otra persona supervisándola. ¿Cree que le confiaría mi vida?

MacCurdy no tenía más remedio que esperar que no.

–No va a tocar el teléfono –le dijo Ross a su ex compañero–. No va a hacer nada que ponga en peligro a mi hija –añadió dirigiéndose personalmente a ella.

Al percibir su tono amenazador, Claudia hizo lo único que le salió hacer: hablarle de malas formas.

–Llámeme Claudia o señorita Bertucci. Nada de hablar de mí como si no estuviera delante y no tengo ninguna intención de poner a nadie en peligro. Y menos a mí misma o a su adorable hija. En cuanto a usted, tiene pinta de saber cuidarse solito.

Ross no supo si aquello era un cumplido.

La niña tuvo que taparse la boca con la mano para no estallar en carcajadas. Claudia se puso en cuclillas frente a ella.

–A ver, reina de las risas, ¿cómo te llamas?

–Rosa May –contestó la niña.

–¿Rosa May? ¿Rosa... May? Demasiado. Te voy a llamar Rosie. ¿*Capisce*?

–¿Cap... qué?

–Que si te parece bien –sonrió Claudia.

La niña asintió.

–Rosie, vamos a tener que trabajar el italiano y, si ese grandullón que asumo es tu padre accede a meterse en esta juerga, dejaré que me agarres de la mano y me muestres mi habitación.

–Desde luego, hablas raro –dijo la niña agarrándola de la mano con la inocencia propia de la edad y guiándola hacia la casa. Antes de llegar, se giró–. Se puede quedar, ¿no, papá?

Ross no contestó. No le gustaba la situación y no le gustaba aquella mujer, su forma de hablar ni su ropa. Iba a ser una mala influencia para su hija. Debería cortar aquello por lo sano, inmediatamente. «Llámeme Claudia o señorita Bertucci. Nada de hablar de mí como si no estuviera delante». ¿Pero quién se había creído que era?

Se quedó mirándola, esperando que soltara algún impropio más. Pero ella no dijo nada y, además, vio vulnerabilidad en sus ojos.

Como si percibiera que la estaba desnudando el alma, se dispuso a ponerse las gafas de sol para acabar con el escrutinio, pero se le liaron en la maraña de pelo y laca y tuvo que dejarlas donde estaban, pero torcidas.

Ross no pudo evitar sonreír. Se hacía la dura, pero seguro que era un encanto. Como él, que era un encanto y un bobo.

–¿Qué dices, Ted? –le preguntó Claudia con la barbilla alzada en actitud desafiante.

–Me llamo Ross, no Ted –puntualizó él. ¿De dónde se habría sacado lo de Ted?

–¿Qué dices, Ross? –repitió poniendo los ojos en blanco.

–Enséñale su habitación, Rosa May, la tercera de la izquierda. Ya me encargo yo de las maletas. Vio que se sentía aliviada.

–Espera –dijo soltando a la niña–. Necesito mi bolso –añadió corriendo, si a aquello se le podía llamar correr, hacia el coche, de donde sacó un enorme bolso.

Volvió con el bolso al hombro y se perdió en el interior de la casa con la niña. Ross se quedó mirando unos segundos más de la cuenta el vaivén de sus caderas, pero nadie le dijo nada. Desde luego, no MacCurdy.

–Es genial, ¿verdad?

–Sí, genial –repitió Ross–. ¿Cómo ha sido la historia? Me dijiste que había encontrado a un tipo muerto. ¿Quién era?

MacCurdy le dio una palmada en la espalda.

–Este es mi Ross. Puedes hacer que el chico desaparezca de Quantico, pero no que Quantico desaparezca de él.

–La historia –insistió Ross. No tenía tiempo de ponerse nostálgico. Tenía que ir a ordeñar las vacas.

–Era un camello. No pertenecía al sindicato, ya sabes lo que quiero decir, y la mafia era la única manera que tenía de entrar en contacto con los narcos. Lo encontraron en casa de Rocco «el Toro» Capuano. Rocco es un don nadie. Por lo que sabemos, no lo mató él. El que lo hizo lo debía de tener en hielo hasta poder moverlo. La policía no ha podido arrestar a Rocco porque no hay testigos. Sus quince primos dicen que estaban con ellos comiendo pasta en el restaurante del barrio. La policía lo está vigilando y nosotros, también, porque esperamos que nos lleve a Grotti, el pez gordo de Nueva York hoy en día. El enemigo público número uno. Blanquea dinero, extorsiona a los comerciantes, es proxeneta...

–Y está metido en drogas –concluyó Ross. Un tipo poco recomendable, vamos.

–Exacto. Tenemos la esperanza de que el mismísimo Grotti fuera quien puso el hielo, así que tenemos el teléfono de Rocco intervenido. No sé por qué quieren a la chica. Probablemente, porque no quieren dejar cabos sueltos. Han intentado acabar con ella dos veces y las dos han fallado. No creo que lo vuelvan a intentar porque a Grotti no le interesa tanto movimiento. Hemos

decidido traerla a un lugar tan apartado porque encontraron los otros dos escondites.

–Ella dice que no llamó a su amiga.

–No va a admitir que es tonta. No le dejes que se acerque al teléfono y no ocurrirá nada, te lo prometo.

Ross asintió, pero algo le decía que allí había gato encerrado. Claudia podía ser muchas cosas, pero no tenía pinta de tonta. Se veía en sus ojos que era una mujer inteligente.

–¿Cuánto va a durar esto? –preguntó temiendo que a ella le bastaran unos pocos para ponerle la vida patas arriba.

–No mucho. Ya casi tenemos a Rocco. No tardará en ir a Grotti en busca de protección. Entonces, los grabaremos. Si quieres, le puedo decir a Chuck –sugirió MacCurdy señalando al otro agente– que se quede.

–No.

MacCurdy sonrió y volvió a palmear a su amigo en la espalda.

–Eso me temía. Tú siempre fuiste de los que preferían hacerlo solo, pero ha pasado algún tiempo. ¿Crees que podrás con esto?

Ross ni se inmutó, pero le quitó la mano a MacCurdy de su hombro.

–Sí. Pero, de verdad, al más mínimo problema, la echo. Si mi estómago me dice que...

–Tú y tu instinto. Todavía se sigue hablando de ello en la oficina. Créeme, todo va a ir bien. Te doy mi palabra.

Su ex compañero fue hacia el coche y abrió el maletero. Ross no prestó atención hasta que el coche se alejó y vio cinco maletas. ¡Cinco! Bueno, cuatro maletas y un baúl. Abrió la boca y, al oír el claxon en forma de despedida, deseó que a MacCurdy le partiera un rayo.

Maldiciendo abiertamente porque sabía que su hija no andaba por allí, fue metiendo el equipaje.

¿Y creía que en unos días su vida iba a ser un caos gracias a aquella mujer? Bastarían unas horas. Mientras notaba gotas de sudor por la espalda y los músculos del brazo doloridos, se dijo que aquello, definitivamente, no iba a funcionar.

## Capítulo 2

ESTA es tu habitación –dijo Rosa May dando un paso atrás e indicándole la tercera puerta de la derecha.

Claudia asomó la cabeza y se echó atrás también.

–Cariño, te has debido de equivocar. Esto es como una sala de estar.

Rosa negó con la cabeza.

–No, es esta. Papá ha dicho la tercera de la izquierda. La primera es la suya, la segunda, la mía y la tercera es esta. La del otro lado del pasillo era la sala de costura de mi madre.

–¿Dónde está tu madre? –preguntó Claudia con una ceja enarcada. ¿Y cómo se le ocurría meter a otra mujer en casa? Iba a tener que decirle que, cuando una tiene un marido tan guapo, era mejor no dejar acercarse a otras féminas. No era porque a ella le hubiera llamado la atención aquella espalda y su torso. Nooo.

–Muerta. Murió hace tres años.

Claudia se tiró de rodillas al suelo inmediatamente y abrazó a la niña con fuerza.

–Lo siento mucho, cariño.

Rosa May se la quitó de encima y la miró con la cara como un tomate.

–No pasa nada. Fue hace tres años.

Claudia la miró extrañada. Parecía calmada.

–Yo perdí a la mía hace trece años y todavía no me he repuesto. Los padres son importantes, pero las madres son irremplazables.

La niña asintió.

–¿Quién te va a pintar las uñas por primera vez? ¿Quién te va a regañar por afeitarte las piernas demasiado joven? ¿Quién te va a decir que estás engordando y que no te comas ese tercer trozo de pizza? ¿Quién te va a acompañar a la farmacia cuando tengas que comprarte... bueno, nada?

–Mí padre, supongo.

–Mira, los padres son útiles para muchas cosas, para intimidar a novios que te quieres quitar de encima, para comprarte el vestido de la fiesta de graduación, para llamarte princesa, pero no para pintarte las uñas.

Rosa May se rio.

Contenta por hacerla sonreír después de haberle recordado a su madre sin querer, Claudia volvió a mirar la habitación.

–¿Estás segura de que es la mía?

La niña asintió.

–Bueno, bueno, esto es una suite presidencial. En Brooklyn podrían vivir en este espacio un padre, una madre, cinco niños y la abuela –dijo entrando en la espaciosa habitación. Había una cama enorme pegada a la pared, una mesilla con un relojito y una lámpara. Al otro lado de la habitación, estaba el armario. Claudia pensó que ir hasta él todas las mañanas sería suficiente actividad física para todo el día. Junto a él, había una mecedora vieja con una manta.

La mecedora le llamó la atención.

–Seguro que tu madre te acunaba en esa mecedora cuando eras pequeña. Para no despertar a tu padre, te traía aquí y se cubría con esa manta contigo en brazos, vosotras dos solas, y te cantaba

hasta que te quedabas dormida.

Rosa May tocó la manta con reverencia.

–Era de mi madre. A veces, cuando hace frío, me la pongo para dormir. Todavía huele a ella.

Claudia se sacó del escote un medallón y lo abrió.

–Esta era mi madre –dijo enseñándole la foto.

–Qué guapa –susurró la niña.

–Sí, era una belleza –dijo Claudia con orgullo–. Mi padre decía que los ángeles lo habían favorecido dos veces en su vida: el día que habían hecho a mi madre en el cielo y el día que se la presentaron.

–¿De verdad que la sigues echando de menos?

–Sí. Siempre la echaré de menos. Pero tengo su medallón y recuerdos, así que es como si no se hubiera ido del todo.

Rosa May dudó, movió los pies y se quedó mirándose los zapatos.

–Yo echo de menos a mi madre, pero no me gusta admitirlo. No quiero que mi padre se crea que estoy triste todo el rato.

Claudia se arrodilló ante su joven amiga.

–Tu padre es un chico grande. ¡Muy grande, de hecho! Seguro que entiende que, a veces, estés triste. Seguramente, a él también le pasará. Entonces, es cuando tienes que hablar de tu madre, para que junto con los recuerdos vuelva ella.

–No sé quién eres ni por qué has venido, pero me alegro de que estés aquí. ¿Puedo llamarte Claudia?

–Claro –contestó Claudia revolviéndole el flequillo y volviéndoselo a peinar un poco más alto para que se le vieran bien las cejas tan bonitas que tenía. Un poco de laca y lista.

–Ven, Rosie –le indicó vaciando sobre la cama el preciado contenido de su bolso.

Rosa May se quedó con la boca abierta al ver tantos pintalabios, peines, juegos de manicura, rizadoros de pestañas, tijeras de cutículas y unos cepillitos que parecían de dientes con un peine en un extremo. Y eso no era ni la mitad.

Más pintalabios, lápices de ojos, cepillos de varios tamaños. Un cepillo de dientes de verdad con su correspondiente pasta dentífrica, un paquete de discos de algodón. Aquello no tenía fin.

–Qué bien, como Mary Poppins –dijo la niña.

Claudia metió la mano al fondo del bolso y, por fin, encontró el frasquito de laca.

Se volvió hacia la niña, le levantó el mentón y le tapó los ojos con una mano.

–Cierra los ojos –le dijo.

Rosa May obedeció rápidamente. Claudia procedió a rociarle el flequillo y se lo ahuecó un poco.

–Perfecta –anunció.

Rosa May se miró en un espejo que había salido del bolso. Claudia la vio sonreír al verse. Llevaba su pelo en una trenza, pero, en lugar de lucir un flequillo liso e infantil como hacía un momento, tenía un flequillo de chica mayor, con volumen.

–Gracias –dijo–. Papá no me deja comprarme... bueno, él no cree que necesite productos de belleza. Ni laca ni nada de eso.

–¿Nada de laca? ¡Ahhh! ¿Pero qué clase de monstruo es?

Rosa May se rio haciéndola reír a ella también.

–¿Sabes que también sé pintar uñas? Bueno, en realidad no solo las pinto. Hago verdaderas obras de arte.

–¿Trabajas en un salón?

–Soy la dueña. Bueno, eso era en Nueva York. Aquí, en Wisconsin, no sé qué soy –al decirlo se dio cuenta de la gravedad de la situación. Confiaba en Francesca, la chica que hacía uñas con ella, pero no sabía hasta qué punto la clientela iba a aguantar su ausencia.

–¿Y por qué has venido? No lo digo como queja. Eres la persona más interesante que he conocido en mi vida. No es que conozca a mucha gente, pero seguro que, aunque conociera a cien, tú me seguirías pareciendo la más fantástica.

¿Fantástica? Pero qué manera de hablar. Era obvio que Ted... Ross intentaba mantener a su hija apartada del lado feo de la vida. MacCurdy le había dicho que había dejado el trabajo por ella. No podía ser un buen granjero, marido y padre estando en contacto constante con lo malo de la sociedad.

Para Claudia, proteger a un niño del lado malo era imposible. Había muchas amenazas, obstáculos y personas malas por el mundo como para protegerlo eternamente. Lo mejor que podía hacer un padre era enseñarle a su hijo que el hecho de que existieran personas malas no quería decir que tuviera que tener problemas con ellas. Solo a veces. Desde luego, lo que sí había que dejarle muy claro al niño era que jamás se mezclara en asuntos de la mafia. A ella se lo habían repetido desde muy pequeña, pero se le debía de haber olvidado.

–Estoy aquí porque estoy intentando ayudar a la policía y ellos me están intentando ayudar escondiéndome –contestó pensando que era una respuesta sencilla y directa.

–Ah, así que te tienen escondida. ¿Cómo si en el Programa de protección de testigos? ¿De quién te esconden? De la mafia, seguro. He visto un episodio de NYPD Blue en el que un matón persigue a un hombre y lo tienen que meter en el Programa de protección de testigos, pero lo encuentra y le pega un tiro entre los ojos.

–Vaya, qué historia tan bonita, preciosa. Recuérdame que le diga a tu padre que no te deje ver esa serie. Sé de una que ha acabado mal.

–No sabía que la viera.

La voz era tan grave como alto era él.

–Papá, solo ha sido una vez. Te quedaste dormido y no quise apagar el televisor para no despertarte –dijo Rosa May sinceramente.

Claudia se puso a aplaudir.

–¡Guau! Esa excusa se merece un nueve. Menudo alarde de sinceridad. Si volviera a ser niña, la usaría. Muy bien.

–Gracias, gracias, muchas gracias –dijo la niña haciendo una reverencia.

–No la anime –advirtió Ross–. No quiero que termine en Hollywood.

Miró a su hija con una sonrisa y le fue a revolver el flequillo, pero se le quedaron los dedos pegados.

–¿Qué porras...?

–Un pequeño puf, ya sabe, para que no se le caiga –explicó Claudia como si aquello de «un pequeño puf» a él le dijera algo.

–Sí, papá, un pequeño puf –repitió Rosa May encantada. Su padre la miró con dureza y ella se calló.

Se querían, era obvio. Claudia no pudo evitar pensar en su padre. Cómo lo echaba de menos. Casi tanto como a su madre. Intentó imaginarse a su medio novio, Marco, mirando así a su hija, pero le fue imposible.

–Le he subido las maletas. Y el baúl. Está todo en el pasillo –«porque ya no podía más», se dijo mentalmente–. ¿Qué lleva en ese baúl?

–Material. Nunca viajo sin él. Gracias. ¿Se puede creer que me he tenido que apañar con cuatro



maletas? Yo no sé si es que lo federales esperan que no me cambie de ropa o qué. En fin, ya sabe lo que pasa cuando hay que viajar ligero de equipaje.

¿Ligero de equipaje? Aquello no iba a funcionar. ¿Cómo iban a vivir bajo el mismo techo si era la antítesis de su esposa? Susan era conservadora tanto haciendo el equipaje como vistiendo y hablando. Ross se preguntó si aquella mujer sabría el significado de la palabra conservadora.

No era que se estuviera planteando algo con ella; era solo por si se dejaba tentar por su cuerpo y su bonita cara. Aquella mujer no era para él. Con eso claro, tenía que trabajar.

–Supongo que estará agotada del viaje y... de las aventuras que ha corrido –dijo. Nada de decir que la habían disparado o Rosa May la pondría inmediatamente en un pedestal–. Tómese el tiempo que necesite para instalarse. Cuando haya terminado, hablaremos de sus responsabilidades mientras esté aquí.

–¿Responsabilidades? –repitió Claudia confusa. Su única responsabilidad era mantenerse con vida y volver a su negocio.

–Esto es una granja. Todos los que vivimos en ella echamos una mano. Eso la incluye a usted, miss Brooklyn.

–Miss Brooklyn fue Marie Verdino, una chica con grandes ya sabe qué y el pelo hasta el techo –sonrió Claudia.

Él ni hizo el amago de sonreír.

–¿Qué son «ya sabe qué», papá?

Nada.

Claudia, sin embargo, se rio muy a gusto.

–Dentro de un par de años... ¿Cuántos años tienes?

–Casi doce.

–Once –respondió su padre.

–Sí, un par de años y lo comprenderás.

Ross gimió.

Claudia sonrió pensando que sabía hacer algo más que ladrar, morder y cargar objetos pesados. Aquello iba a funcionar estupendamente.

–Bueno, voy a instalarme.

–Hasta luego –se despidió Rosa May saliendo de la habitación.

–Le ha caído bien –dijo Ross inexorablemente.

–No se sorprenda tanto –protestó Claudia–. Le caigo bien a mucha gente. Soy una persona que suele caer bien. Además, a su edad y siendo la única chica en muchos kilómetros a la redonda, me parece que necesita un poco de compañía femenina.

–Sí.

¿Pero? No había que ser muy lista para saber cuál era el «pero».

–Pero usted preferiría que no fuera una fugitiva de Brooklyn.

–Exacto –contestó preguntándose qué lo molestaba más: que fuera de Brooklyn y alardeara de ello o que fuera un peligro para su hija.

Claudia sintió una puñalada de tristeza difícil de describir. Tal vez, fuera porque a ella le había caído muy bien la niña, porque ya se había acostumbrado al olor o porque había algo en la fuerza de aquel hombre que la atraía. Era como un refugio en mitad de una tormenta.

–Sí quiere, me voy –dijo de corazón–. MacCurdy dice que no me van a seguir buscando y yo estoy deseando volver a mi vida. A usted nadie le ha preguntado qué le parecía esto; más bien, yo para usted soy un problema.

Más bien. Era tentador, pero no podía hacerlo. Frank le había salvado la vida y esa deuda era

impagable.

No. Además, si volvía a Nueva York, la mafia la liquidaría rápidamente. Y, por si fuera poco, no tenía fuerzas para bajar el equipaje.

–Está usted en una situación comprometida, tanto si lo quiere admitir como si no. Aquí está segura, así que debe quedarse. Deshaga el equipaje y luego hablamos.

–Hasta luego –dijo Claudia con una gran sonrisa.

Ross asintió y se dio la vuelta para irse. Qué extraño, le pareció sentir su mirada en el trasero. Sintió ganas de tapárselo con las manos, pero se dijo que era un ridículo. ¿Cómo iba a estar mirándole el trasero?

«¡Mamma! Qué trasero». Duro, fuerte y prieto dentro de aquellos vaqueros. Reprimió un silbido de admiración.

–Guau. No sabía yo que me estuviera perdiendo esto en la ciudad –dijo tomando aire–. Desde luego, lo que es inaguantable es este olor. Es peor que la basura en día de huelga de basureros. Claude, estás hablando sola. Podría oírte y pensaría que estás loca. Y no quieres que vuestra relación empiece así. Bueno, eso de relación...

Mientras, fue recogiendo las pertenencias que había esparcido sobre la cama y decidió dormir una siesta. Se arropó con una manta que debía de haber tejido la abuela de alguien y pronto se quedó dormida pensando en que, por primera vez en semanas, no tenía miedo.

Los siguientes dos días intentó instalarse, pero más fácil decirlo que hacerlo. Había asuntos cruciales que arreglar. Para empezar, necesitaba un espejo más grande en su habitación. Segundo, no tenía suficiente espacio en el armario. Y, tercero, su habitación no tenía la luz que necesitaba para hacer los diseños en papel y pintarlos sobre uñas falsas.

El señor musculitos había hecho caso omiso de todas sus quejas.

Sin embargo, a los dos días, Claudia estaba empezando a sentirse cómoda en la granja. Había llegado el momento de... uy... hablar con Ross sobre sus responsabilidades.

Tras echarse más laca en el pelo porque la regla número uno de la Escuela de Belleza de Brooklyn era llevarlo siempre con mucho volumen, bajó las escaleras.

Al oír voces, supuso que estaban en la cocina.

–Simplemente, no quiero que te pases el día con ella –estaba diciendo Ross.

Se quedó escuchando en las escaleras.

–¿Por qué? –protestó Rosa May–. Claudia me entiende aunque hace dos días que nos conocemos. Estamos muy unidas.

–La señorita Bertucci es una invitada temporal. No quiero que te encariñes demasiado con ella y, sobre todo, no quiero que te influya. No quiero que estéis unidas.

–Eso no se puede controlar, papá. ¿Y tú qué?

–¿Qué pasa conmigo?

–¿Te lo tengo que deletrear? Puede que hable raro, pero es muy guapa. Como su madre. Podrías invitarla a salir o algo. Hace tiempo que no sales con una mujer y la señorita Harkim no era tu tipo en absoluto.

–No pienso salir con la señorita Bertucci.

–¿Por su acento? Me parece una excusa muy mala para rechazar a una persona.

–Por su... todo. No es mi tipo, así que quítate esa idea de la cabeza. Bueno, te he dado unas órdenes en cuanto a la señorita Bertucci y espero que las obedezcas. ¿Entendido?

–Capisce –contestó la niña de mala gana.

–Es casi la hora de irse a la cama. ¿Por qué no subes a leer un rato?

Claudia pensó que era como si tuviera una enfermedad contagiosa. ¿Quién se creía aquel tipo que era? Ella era una mujer muy apreciada en su barrio. Guapa y con dinero. En cuanto a él, no era más que un granjero tonto y orgulloso. Muy bien, iba a bajar las escaleras y le iba a dar un puñetazo en la nariz o mejor en...

–¿Qué haces, Claudia? –preguntó Rosa May.

Claudia se dio cuenta de que estaba con los puños en alto y cara de pocos amigos.

–Hola preciosa... estaba haciendo deporte.

Rosa May sonrió.

–Siete y medio. No es muy creíble porque estás en mitad de las escaleras.

«Estupendo. Estoy influyendo en la niña», pensó Claudia.

–Ni caso a lo que diga mi padre. A veces, es un tonto, pero no le digas que te lo he dicho.

–No. Eres muy lista para tu edad.

–Estamos en el siglo veintiuno. Los niños maduran mucho más rápido que antes. Sin embargo, a los adultos les está costando acostumbrarse.

–Claro, el siglo veintiuno –repitió Claudia como si aquello lo explicara todo.

–Buenas noches –le deseó la niña subiendo las escaleras.

–Buenas noches, preciosa.

Claudia siguió su descenso hacia la cocina en busca de comida. Se fijó en las fotografías que colgaban de las paredes y sintió una punzada de envidia ante las imágenes familiares. Se paró ante una. Era mona. Ni guapa ni atractiva. Solo mona. Pelo liso, piel blanca, cara ancha y cuerpo robusto. Ni gorda ni delgada. Fuerte. Estaba delante de la casa, con la mano en los ojos para que no le diera el sol. Llevaba un vestido de algodón y zapatillas de deporte. Sonría tímidamente, como si le diera vergüenza que la fotografieran.

Su esposa, claro. Desde luego, tenía razón. Si ese era el tipo de mujer que a Ross le gustaba, ella era todo lo contrario. Sin saber por qué aquello la entristeció.

–Mi esposa.

Claudia dio un respingo.

–Lo suponía. Era muy guapa. Siento que ya no esté con usted –dijo sintiéndose como si la hubiera pillado con la mano en la caja de las galletas. Solo estaba calibrando a la competencia... eh... eh... admirando la fotografía. Eso era lo que había querido decir.

–No hablamos mucho de ella mi hija y yo. No solemos tener tiempo, pero hoy, en la cena, lo hemos hecho. Rosa May me ha dicho que gracias a usted.

–Yo... eh...

–Gracias.

–De nada –contestó ella acercándose. Menudos ojos verdes tenía, parecían los prados que rodeaban la casa.

–¿Tiene hambre?

Menuda pregunta. «No», ordenó Claudia a sus hormonas. «Has visto la foto de su mujer y le has oído decir que no eres su tipo. Él tampoco es el tuyo, a pesar de tener un cuerpo escultural. Él es un granjero y tú eres una sofisticada mujer de Nueva York».

Con eso claro, decidió pasar a cosas más importantes.

–Muchísima.

Ross volvió a entrar en la cocina y ella lo siguió. Se sentó a la mesa de roble que había en el centro, sobre la que había un mantel individual y unos cubiertos. Ross abrió el horno y le dio un plato con puré de patatas, pollo frito con salsa y brécol. Lo mismo que la noche anterior.

–Podríamos hablar de su horario. Doy por hecho que está usted dispuesta a echar una mano.  
Claudia asintió mientras comía un trozo de pollo.

–El desayuno se sirve a las cinco y media... de la mañana –añadió por si acaso–. Le aconsejo que se lo coma todo porque las labores duras de la granja se hacen por la mañana.

¡Labores duras! Claudia se tragó el trozo de pollo de una vez.

–¿Qué tipo de tareas cree que podría hacer? –preguntó Ross magnánimamente.

Claudia se quitó una gota de salsa de la barbilla mientras consideraba la respuesta.

–Peinar a Rosie por las mañanas.

Ross suspiró. Aquella mujer no se enteraba de nada.

–Rosa May se peina sola. Además, me refería a tareas de verdad.

–¿Me podría dar una pista?

–¿Ha ordeñado alguna vez una vaca?

Claudia negó con la cabeza.

–¿Sabe montar a caballo?

No.

–¿Limpiar las cuadras?

–Nunca.

–Me parece que lo mejor va a ser que pruebe un poco de todo y luego elija.

–Me parece bien.

–¿Tiene ropa... más adecuada para trabajar en la granja?

–¿Vaqueros o algo así?

–Sí, unos vaqueros están bien.

–Claro. ¿Quién no tiene vaqueros?

Ross asintió satisfecho de que, por fin, algo saliera bien. Temía que toda la ropa que había llevado fuera como la que se había puesto aquellos días: pantalones ceñidos, tacones altos, blusas transparentes que lo volvían loco. No le parecía buena influencia para su hija. Y a él tampoco le hacía ningún favor. Un par de vaqueros viejos y una sudadera la convertirían en una mujer normal y corriente.

–Estupendo. Nos vemos mañana.

Ross salió de la cocina y Claudia oyó sus pisadas en la escalera. Solo eran las nueve, pero la casa estaba en silencio. Ella, después de haber dormido toda la tarde, no tenía nada de sueño.

¿Qué podía hacer? Ver una película en televisión, una de esas aburridas que daban sueño. Dejó el plato en el fregadero y salió de la cocina en busca del televisor.

–Televisor, ¿dónde estás?

Lo localizó en el salón. Se tumbó en el sofá que había enfrente y lo encendió. Rápidamente, vio que tenían televisión por cable, lo que quería decir que tenían canal de compras. Unos cuantos toques al mando y tenía ante sí una preciosa jarrita de porcelana con una vaquita y una modelo que necesitaba que le hicieran bien la manicura.

Cinco horas después, volvió a ver la vaquita.

## Capítulo 3

MU VACA. Mu vaca. Tengo que ordeñar a la vaca Mu –murmuró incoherentemente.

–Señorita Bertucci –dijo Ross intentando no reírse–. Señorita Bertucci, despierte. ¡Claudia!

–¿Quéééé? –dijo de malas formas. Nunca le había resultado fácil levantarse por las mañanas. Ni siquiera de niña para no llegar tarde al colegio.

–Llega tarde.

–Diez minutos más.

–Son más de las cinco.

–¿Las cinco? –dijo dándose la vuelta–. Cinco horas más.

–Me parece que no se quiere levantar, papá –dijo Rosa May.

Ross miró a aquella mujer menuda hecha un ovillo en su sofá. Aparentemente, se había quedado dormido viendo la tele. Aquello no le hizo tener piedad.

–No tiene elección. Claudia, arriba o me voy a enfadar –le advirtió.

–Diez minutitos.

Se acabaron los juegos. Ross la agarró en brazos sin esfuerzo y la puso de pie sobre el suelo.

–¡Ehhhh! –protestó ella.

–Tiene exactamente treinta minutos para ducharse, vestirse y bajar a la cocina. No admito excusas.

Como ya estaba de pie, era una tontería seguir con los ojos cerrados. Lentamente, consiguió abrirlos. Vio que estaba en una granja en Wisconsin, no en su adorado Brooklyn, que eran las cinco de la madrugada, que no había amanecido y que debía estar lista en media hora. Imposible. Y, para colmo, para ponerse a hacer tareas domésticas, un concepto ridículo.

–Quieero volveer a la caaama –imploró.

Ross hizo una mueca. Su acento lo horrorizaba, pero aquellos gimoteos eran suficientes como para desear ser sordo. La miró de arriba abajo y se dio cuenta de que era más bajita que el día anterior. Claro, no llevaba tacones. Tenía el pelo pegado y el maquillaje corrido. La blusa roja estaba impecable y los pantalones ceñidos que tanto le gustaban seguían... ceñidos. Incluso recién levantada, parecía una ramera. Sintió un nudo en la boca del estómago.

–¡Teengo mucho sueeeño!

Se le quitó rápidamente.

–Dúchese y baje en... –Ross miró el reloj–... veinticinco minutos.

–Siempre dando órdenes –murmuró Claudia.

Treinta y cinco minutos después, con el maquillaje y el pelo no como a ella le hubiera gustado, apareció en la cocina.

Había amanecido y el sol que entraba a raudales por las ventanas le permitió ver una jarra con zumo de naranja. Hizo el ademán de ponerse las gafas de sol, pero se las debía de haber dejado arriba y, maldición, no tenía fuerzas para volver a subir.

–¿Y a eso llama vaqueros de faena? –gruñó Ross al ver los vaqueros pegados a su cuerpo como una segunda piel y una camiseta de algodón blanco bien ceñida, que ponía «Escuela de Belleza de Brooklyn» en el pecho. Mejor que la licra, pero no la sudadera amplia que él había esperado.

–¿Cómo? Son CK.

–¿CK?

–Calvin Klein –le aclaró Rosa May.

Estupendo. A las vacas les encantaba la ropa de marca.

–Llega tarde.

–He llegado, que es lo que importa –protestó ella. No estaba dispuesta a aguantar su mal humor–. Ayer me acosté a las dos.

–Viendo el canal de compras –dijo él con desdén.

–Efectivamente. Vi una jarrita de porcelana, con forma de vaca, ideal. Quería comprársela, pero no encontré el teléfono.

–Porque lo he escondido –explicó Ross–. Nada de llamadas sin mi permiso. Menos mal, porque qué horror una vaca de porcelana.

Aquello le sentó mal, pero no tenía fuerzas para discutir. Era demasiado pronto. Recordó su comentario y se prometió mentalmente echárselo en cara más tarde.

–¿Quieres desayunar? –preguntó la niña–. Papá ha hecho sus tortitas especiales con arándanos.

Hubo algo en la forma de Rosie de decir «especiales» que la hizo sonreír. Obviamente, la niña debía de creer que era todo un honor. No quería decepcionarla, ni a Ross tampoco, pero era un poco pronto para su estómago.

–Gracias, preciosa, pero no puedo. Un latte y una tostada sin nada me basta.

–¿Un latte? –preguntó Rosa May.

–¿Un latte? –repitió su padre.

–Un latte –afirmó Claudia–. Ya sabéis. Café expreso con leche hirviendo y vainilla. Si no hay vainilla, no pasa nada. No soy tiquismiquis. La verdad es que llevo dos días sin tomarme uno y ya no puedo más.

–Hay café. Normal y corriente.

Estaba en el infierno, eso debía de ser, y el diablo era un tipo grande que parecía tener un erizo en la silla de montar.

–Bueno, si no hay lo que necesito, lléveme al Starbucks más cercano –dijo dispuesta a comprarse sus cosas.

–¿Star qué?

Uy, uy. Aquello no era buena señal.

–Café, ¿eh?

–Café, leche y azúcar, si quiere.

Claudia suspiró y se sentó. Rosie le sirvió dos tortitas y Ross le puso una taza de café. Claudia le puso cuatro terrones de azúcar con la esperanza de que se pareciera al que a ella le gustaba. No era así. Aquel café estaba malísimo. Y las tortitas le cayeron como un tiro al estómago. Le dolía la cabeza por la falta de sueño y, para colmo, tenía el pelo mal.

–¿Vamos? –preguntó Ross.

–¡Por supuesto! –contestó ella intentado sonar convencida.

–Rosa May, sal con la señorita Bertucci y enséñale la granja. Empieza por el establo. Si me necesitas, estoy dando una vuelta a las niñas.

–Se refiere a sus vacas –le aclaró Rosa May.

–Ya suponía que no estaba hablando de su harén.

La niña se rio.

–Papá no tiene harén. Ni siquiera tiene novia. Hace como un año, salió una vez con la señorita Harkim, pero...

–Ya está bien –gruñó Ross.

–No le gusta hablar del tema –continuó Rosa May para deleite de Claudia–. No paro de decirle que las mujeres no van a venir a la granja, que tiene que salir, pero mira, tú estás aquí.

A Ross no le gustaba lo que su hija tenía en mente. Claudia era una testigo protegida, no una novia en potencia. Creía habérselo dejado claro la noche anterior, pero iba a tener que volver a hablar con ella.

–El establo, Rosa May, y recuerda lo que te dije anoche.

–Sí, Rosie, será mejor que no te acerques demasiado a mí porque podrías pillar lo que tu padre cree que tengo –dijo Claudia. Vio que estaba rojo, pero sus ojos seguían mirándola con dureza. Él se negaba a sentirse avergonzado, así que ella se negaba a sentirse culpable por haberlos oído.

–Lo que tiene es una boca muy grande y unas orejas todavía mayores –dijo Ross–. Me preocupa usted, señorita Bertucci –añadió sinceramente. Lo ayudaba llamarla por su apellido. Así, mantenían las distancias y no había posibilidad alguna de que hubiera algo íntimo. ¿Qué había más íntimo que tener a una mujer viviendo en su casa? Solo su amada esposa había tenido aquel privilegio–. No quiero que mi hija esté influenciada por su carácter, su forma de vestir o de hablar.

–Papá, eres un estirado.

No, no lo era, ¿verdad?

–Para empezar, ya le he pedido disculpas por esta situación y, para seguir, mi ropa es de las mejores tiendas de Nueva York, de Bloomingdale’s por ejemplo. Soy la viva imagen de la moda, algo de lo que obviamente usted, con esos vaqueros y esa camisa de batista, no está al tanto.

Ross se preguntó qué sería aquello de «batista».

–Y, para terminar, mi carácter es típico de Nueva York, tío. Somos más de un millón de personas, así que no creo que esté tan mal. ¿Me he expresado con claridad?

–Cristalina –contestó él intentando no sonreír. Menudo genio. Tal vez su hija tuviera razón y fuera un estirado. Cuando era agente federal, le encantaba viajar por todo el país, conocer a gente diferente, con acentos, costumbres y formas de vestir distintas. Pero aquello había quedado muy atrás.

Susan lo había convencido, con ayuda de su propio padre, de que la granja era su hogar. Entre los dos le habían mostrado que la granja era lo verdaderamente importante. Y tenían razón. Se había convertido en todo un granjero y, tal vez, se había vuelto algo intolerante. Se dio cuenta de que no estaba bien, pero no iba a dejar que aquella mujer lo amedrentara. Era como si hubiera una raya entre ellos que significara la guerra y no pensaba rendirse.

–El establo, Rosa May –ordenó levantándose de la mesa con su plato en la mano. Fue al fregadero y lo lavó–. En esta casa, señorita Bertucci, cada uno se lava lo suyo y el que cocina no friega –añadió en referencia al plato de su cena.

–Lo había dejado en remojo.

Rosie se rio.

–Cinco y medio. Falta de originalidad –le dijo en voz baja.

–Vamos a lavar nuestros platos, Rosie y nos vamos al establo –dijo Claudia levantándose.

Una vez lavados, la niña se puso unas enormes botas que le llegaban por encima de las rodillas.

Claudia supuso que las zapatillas de deporte que ella llevaba no eran suficientes para lo que había ahí fuera.

–Toma –dijo Rosa May abriendo el armario del recibidor–. Eran de mi madre. Supongo que te estarán bien.

Negras, de goma, grandes, horribles.

–¿Qué hago con esto?

–Ponértelas, tonta –rio la niña–. Encima de los zapatos. Son una especie de catiuscas.

Claudia recordó aquellas botas que su madre la obligaba a ponerse cuando llovía. Las borró de su vida en quinto curso, cuando descubrió la moda. Se había agarrado un par de resfriados por llevar los pies mojadas, pero, había que sufrir para estar bella. Regla número dos de la Escuela de Belleza de Brooklyn.

Se puso las terribles botas y salió detrás de Rosie. El establo era inmenso y estaba pintado de blanco, como la casa y el edificio que había detrás.

–¿Qué es eso? –preguntó Claudia.

–Donde ordeñamos a las vacas. Luego te lo enseño.

Si las vacas estaban en aquel edificio, ¿qué habría en el establo? Rosa May abrió dos enormes puertas.

–¡Dios mío! ¿A qué huele aquí?

La niña se rio.

–Te voy a presentar a los caballos.

Claudia tomó la última bocanada de aire limpio y la siguió dentro de aquel oscuro edificio.

–Esta es Shannon –dijo la niña presentándole a su yegua.

Claudia nunca se había parado a pensar lo grandes que eran aquellos animales. En la televisión, parecían muy buenos. Aquella yegua, desde luego, era joven, fuerte y sana. Era de color marrón con una estrella en el hocico y llevaba las crines peinadas hacia atrás en plan trenza francesa.

–Qué bonito peinado.

–Se lo he hecho yo –dijo Rosa May muy orgullosa. La sacó de su cuadra y se dispuso a cepillarla–. Te voy a enseñar a cepillarla.

El animal agitó la cabeza y salieron ciertas cosas volando de su hocico. Claudia gritó y dio un paso atrás.

–Si no te importa, prefiero mirar.

–No te asustes. Está enfadada porque Diablo está fuera.

–¿Diablo?

–El caballo de papá.

–Qué nombre tan apropiado –murmuró.

–A los caballos no les gusta estar solos. Por eso compramos a Shannon y, como tenemos sitio, vamos a traer más.

–Fabuloso –dijo mientras observaba cómo la niña le daba de comer, de beber y la cepillaba con total naturalidad.

–Ven, te toca a ti –dijo Rosa May tendiéndole el cepillo. Claudia lo tomó y le cepilló el lateral. Nada mal. Después de todo, cepillar era cepillar, personas o animales, y ella sabía un rato de eso. Le cepilló la pechera y, cuando se agachó para seguir con las patas...

–¡Ayyy!

Se irguió rápidamente y se puso una mano en el trasero.

Rosa May, que estaba mullendo la paja fue rápidamente hacia allí con el tridente en la mano.

–¿Qué pasa?

–Me ha mordido. Será desagradecida... bueno, no importa.

Rosa May se rio y Shannon relinchó. A Claudia no le parecía divertido.

–Si no te importa, prefiero hacer otra cosa.

Rosa May se encogió de hombros y le dio el tridente.

–Encárgate tú de la cuadra y ya la cepillo yo.

–¿Y qué hago con esto?



–Solo tienes que ensartar una bala de paja y meterla en su cuadra. Ya la he limpiado.

Miró a su alrededor y vio que junto a la escalera de mano había una bala de paja. Intentó levantarla. Nada. Le dio una patada. No se movió. Intentó hacerla rodar. Se movió un poco.

«Madre mía, esto es muy duro», pensó pasándose la mano por la frente. Estaba sudando. ¡Sudando de verdad!

–Me quiero ir a casa –murmuró–. En Nueva York, no sudo. Solo cuando falla el aire acondicionado –dijo empujando la bala con gran esfuerzo hasta que, centímetro a centímetro, consiguió moverla.

Ross estaba en la puerta con su caballo esperando a que su hija se hiciera cargo de él. La invitada estaba diciendo algo del aire acondicionado mientras intentaba mover una bala de paja. Tenía el pelo sobre la cara y poco margen de movimientos porque aquellos vaqueros no eran lo más indicado. A pesar de que no avanzaba mucho, no se había rendido. Aunque no tenía fuerza, consiguió llegar hasta Shannon. La miró de reojo, con una mano en el trasero. A todas luces, la había mordido. Ross pensó que a él tampoco le importaría darle un pellizco en esa parte de su anatomía.

«Peligro», pensó. Como su hija se había encargado de recordarle, hacía casi un año que no salía con una mujer, un año sin... tener relaciones. Había pensado en acercarse a Madison, ir a un bar y, tal vez, encontrar compañía.

No le apetecía demasiado. Estaba mayor para salir de juerga. Lo que no le importaría sería encontrar a alguien que fuera su esposa y una madre para su hija. Alguien como Susan, fuerte y delicada a la vez, una compañera de labor y una amiga. No había muchas posibilidades de encontrar a una mujer así. Desde luego, no necesitaba a alguien como Claudia. No necesitaba una mujer guapa y graciosa, sino ayuda.

Aunque su cara y su cuerpo lo atraían, era la última mujer sobre la faz de la tierra con la que debía tener algo. Pero si no era capaz de mover una bala de paja.

Soltó las riendas de Diablo, se acercó y, en un movimiento suave, levantó la bala y la dejó en la cuadra de Shannon.

–Hola, papá. Has vuelto pronto.

–Hay que ordeñar las vacas. Cuando hayáis terminado aquí, venid para allá.

Acto seguido, subió por la escalera de mano, agarró otra bala de paja, bajó sin tropezarse y la llevó a la cuadra de Diablo. Se había quitado la camisa y llevaba unos vaqueros desgastados y una camiseta azul claro, oscurecida por el sudor. Y, por supuesto, su gorra calada hasta los ojos. Debía de ser su favorita porque se la ponía a menudo.

Estaban en junio, un mes que en Nueva York se caracterizaba por temperaturas altas y mucha humedad. En Sun Prairie, Wisconsin, el solo pegaba con fuerza, pero la temperatura era agradable y apenas había humedad. Unas condiciones óptimas para pintar uñas. La humedad dificultaba mucho la tarea porque el esmalte se quedaba pastoso. Pensó en probar a ver qué tal aquella tarde, si encontraba un lugar con la luz apropiada.

–Vamos –dijo Ross sacándola de su proceso creador.

Tenía los brazos a los lados del cuerpo, aquellos brazos fuertes que había sentido aquella misma mañana alrededor de su cuerpo. Le había gustado la experiencia. Le habían hecho sentirse segura.

Como la casa.

Su medio novio, Marco, nunca le había hecho sentirse así. Ella tampoco había esperado que lo hiciera. Era una mujer muy independiente que había perdido a su madre de pequeña y a su padre a los veintiún años. Al ser hija única, había pasado los últimos siete años aprendiendo a cuidarse

solita.

Pero en aquellos momentos, necesitaba ayuda. Del FBI, de Ross. El agente que la había protegido en Jersey no había conseguido que se sintiera a salvo. MacCurdy, tampoco. Pero, cuando vio la granja y a Ross, comenzó a tranquilizarse.

–¿A seguir limpiando? –preguntó intentando distraerse. Aquella casa no era más que otro escondite temporal. Nada más. Era una tontería pensar en cómo la hacía sentirse.

–A seguir limpiando.

Claudia agarró el tridente con la cabeza echada todo lo que podía hacia atrás para intentar que no le llegara el terrible olor que desprendía. Lo ensartó en un montón de paja con tanta fuerza que se enganchó.

–Vaya.

Ross cerró los ojos y meneó la cabeza. Se puso detrás de ella y le pasó los brazos uno a cada lado. Puso las manos en el tridente, entre las suyas.

–Pinchas y levantas–le indicó.

Se le marcaban los músculos al hacer los movimientos. Madre mía. La tenía abrazada. Le estaba mojando la camisa de sudor, pero no le importaba. Su olor a macho le impedía oler el penetrante olor del establo y eso sí que no le importaba en absoluto. Estaba tensa.

–Lo estoy haciendo yo todo –protestó Ross.

¿Y? La verdad es que ella estaba dispuesta a hacer aquello todo el día, si él la ayudaba. Claudia giró la cabeza y se encontró con sus labios a unos milímetros. Carnosos y firmes. No pudo evitar preguntarse cómo sería besarlos.

«Bésala», pensó al darse cuenta de que lo estaba mirando a la boca. «Besa esos labios de fresita».

Bajó la cabeza casi en contra de su voluntad. Un poco más. Cada vez más cerca.

Claudia suspiró y se apretó contra él sin darse cuenta de que estaba apoyando el trasero en sus caderas. Lo tenía tan cerca que sentía su aliento.

De repente, dejó de sentir su abrazo.

–Me parece que lo ha entendido –dijo Ross–. Rosa May, ven, quédate con ella hasta que haya terminado y, luego, os venís las dos con las vacas.

–Pero, papá, va a tardar siglos. Sin ánimo de ofender –dijo la niña mirando a Claudia.

–No te preocupes, bonita –dijo ella quitándose de encima la punzada de deseo como un perro que se quita el agua. Decidió que un poco de esfuerzo le vendría bien–. Pinchas y levantas, pinchas y levantas.

Pinchó y levantó hasta que le dolieron los brazos y la espalda. Tenía ampollas en sus preciosas manos. No quería ni mirarse las uñas. Seguramente, no tendrían solución. Y, para colmo, seguro que tenía el pelo lleno de pajitas.

–Por fin –dijo Rosa May–. Vamos al otro establo.

Claudia no dijo nada. Rezó para que lo que le esperaba en el otro establo no fuera tan duro. No le quedaban muchas fuerzas y quería emplearlas en bañarse.

–No sé si tendría que descansar un poco antes. Echarme una siestecita reparadora o algo.

–¿Una siesta? Pero si es muy pronto.

Claudia miró el reloj de oro que llevaba y sintió que se desmayaba al comprobar que solo eran las nueve de la mañana. Todavía le quedaban ocho horas más. No lo iba a conseguir.

## Capítulo 4

NO LO IBA a conseguir. Ross la observó pararse ante la puerta con una mano en la boca para no vomitar. Aquella mujer no servía para trabajar en una granja. Decidió que fuera su hija la que se ocupara.

–¡Dios mío! ¡Esto va de mal en peor!

–Entra, te acabarás acostumbrando –dijo la niña.

Claudia obedeció.

–¿Y aquí qué se hace? –preguntó una vez dentro.

–Aquí se ordeñan las vacas –contestó Rosa May señalando a las veintitantas vacas que había a su izquierda, cada una en su cubículo–. Hay unas máquinas directamente conectadas a las ubres que hacen todo el trabajo. Sacan la leche y la meten en contenedores que papá le da a Robbie para que lleve a las fábricas, donde convierten la leche en queso.

«Estupendo», pensó Claudia pensando que las máquinas y Robbie se encargaban de todo.

–¿Y nosotras qué hacemos?

–Ordeñar las escocidas.

–¿Las escocidas?

–Sí, las que tienen las ubres mal y no aguantan la máquina succionadora.

Claudia se puso las manos sobre el pecho.

–No las culpo –dijo. Vio que Rosa May la miraba confusa–. Dales unos años.

–Sí, ya sé, entonces lo entenderé –concluyó la niña–. Bueno, hay que ordeñar esas vacas a mano.

Claudia lo había visto en las películas. Había que sentarse muy cerca del animal y estrujarle sus partes. No creyó que se le fuera a dar muy bien.

–Puedes hacerlo –la tranquilizó Rosa May al ver su cara–. Es muy fácil. Mira –añadió mostrándole cómo se hacía.

Sí, parecía fácil. La vaca se estaba quieta y mugía de vez en cuando. Parecía menos duro que limpiar las cuadras.

–Muy bien, allá voy.

Rosa May se hizo a un lado y Claudia se sentó en el taburete. Al pegar la nariz al lateral de la vaca, entendió por qué olía tan mal allí.

–¿Nunca te han dicho que un bañito te vendría muy bien?

–Muuu.

–Bueno, solo era una sugerencia –dijo acariciándola como disculpándose. Al hacerlo, la vaca se movió.

Claudia agarró el taburete y se acercó más, pero el animal volvió a moverse. Claudia volvió a levantarse y a colocar el taburete más cerca. Estuvieron dando vueltas un rato hasta que la vaca decidió pararse. Si no hubiera sido por la valla, se habrían recorrido todo el edificio.

–¿Te has hartado ya? Estoy muerta y me voy a poner a sudar de un momento a otro. Si no te importa, vamos a hacer lo que tenemos que hacer.

–Muuu.

–Sí, muuu y lo que tú quieras –dijo Claudia irritada. Metió la mano debajo del cuerpo del

animal y apretó. Gritó al ver un chorro de leche directo al cubo—. Estupendo. Dame leche, vaquita.  
—Muuu.

—Papi, yo creo que lo está haciendo bien.

—Eso lo dirás tú porque no sabe agarrar el tridente, no aguanta los olores, tiene miedo de los caballos porque Shannon la ha mordido. Menos mal que no ha sido Diablo porque no se habría podido sentar en semanas. Todavía no ha visto ni a las gallinas ni a los cerdos. Ya sabes que a Gretchen no le gustan los desconocidos.

—Le daré mis guantes cuando la mande por huevos —contestó la niña—. Pero admite que, para ser de ciudad, no lo está haciendo mal. En unas semanas, será como si llevara haciendo esto toda la vida. Papá, necesitas ayuda. Cuando yo vuelva al colegio, vas a tener que contratar a alguien. Si ella se quedara...

—No se va a quedar, Rosa May —la interrumpió Ross quitándose los guantes—. Se va a quedar hasta que pueda volver a su casa y punto.

El grito hizo vibrar las paredes del establo. Ross y su hija corrieron hacia la zona de ordeño y vieron a Claudia salpicada de lo que parecían excrementos de vaca.

La vaca tenía expresión de culpabilidad.

Solía pasar y no era para tanto, pero Claudia no lo debía de saber.

—Esta maldita vaca... —estaba tan disgustada que no le salían las palabras—. Me ha... ha... —sin darse cuenta, estaba llorando.

Ross saltó la valla y se acercó a ella para secarle las lágrimas. La verdad era que aquello era demasiado para una chica de ciudad.

—No llore —murmuró.

Pero ella lloraba cada vez más.

No sabía qué hacer, así que la abrazó.

—Bueno, no pasa nada. Rosa May, llévate a la vaca dentro.

—Solo la estaba ordeñando...

—Lo sé y lo estaba haciendo muy bien —la tranquilizó Ross mirando el cubo de leche caído en el suelo.

—Han intentado matarme...

Ross se dio cuenta de que aquellas lágrimas no solo eran por el incidente con la vaca. Aquella mujer estaba sometida a mucha presión. Después de todo, la mafia la estaba buscando. La había visto tan fuerte que la había puesto a hacer cosas para las que, obviamente, no estaba preparada.

Ross tuvo que admitirse a sí mismo que era más fuerte de lo que parecía. Físicamente, no, pero la fuerza emocional era, a veces, más importante.

—Ha sido muy valiente —le dijo abrazándola con más fuerza. Era tan menuda que le hubieran cabido dos como ella y un caballo entre los brazos.

—Había un cadáver... en la bañera. Tenía la cosa arrugada... y Toinette quería taparlo con una toalla...

Aquellas palabras no le decían nada, pero la dejó desahogarse.

—Shhh. No pasa nada.

—¡Sí, sí pasa! ¡Me han disparado, me han intentado matar!

Era un hecho que Ross no podía luchar, pero podía prometerle algo.

—Aquí, nadie la va a disparar. Aquí está a salvo.

—Me siento a salvo —dijo ella entre hipidos—. Esta casa me hace sentir segura —añadió. La casa y

sus brazos. Aquellos estupendos brazos—. No debería abrazarme.

—¿Por qué? —preguntó él pensando que era una experiencia maravillosa tenerla entre sus brazos.

—Porque huelo mal —contestó llorando de nuevo.

Ross dio gracias de que no se diera cuenta del abultamiento de su bragueta. No le hubiera gustado que pensara que se estaba burlando de ella.

—¿Por qué no se encarga usted de preparar la comida? —le sugirió—. Hay de todo para hacer emparedados. Se puede duchar y acicalar antes. ¿Le parece bien?

—Sí —murmuró apartándose—. Lo siento. Lo he intentado.

—Lo sé —dijo él sinceramente—. Vamos dentro de un rato.

El agua estaba caliente y Claudia se quedó debajo del grifo veinte minutos. Gastó casi todo el gel para quitarse el olor a vaca.

Al salir, se dio cuenta de que era casi mediodía y supuso que Ross y Rosie tendrían hambre, así que decidió no peinarse. Se lo secó un poco con la toalla y se hizo una cola de caballo. Había echado los vaqueros a lavar, pero, como le habían dicho que tenía que llevar vaqueros, decidió improvisar.

Envuelta en una toalla, salió del baño y fue a la habitación de Ross. Tras rebuscar en su armario, le tomó prestados los vaqueros más pequeños que encontró y un cinturón. Descalza, volvió a su habitación y se puso una camiseta roja con los hombros descubiertos. Se miró al espejo y no le gustó mucho lo que vio, pero pensó que estaba bien para bajar a comer. Estaba limpia y olía a lilas. Era lo único que importaba de momento.

Tal y como le había dicho Ross, había de todo: lechuga, tomates, pavo, queso y pan. Cuando estaba dando los últimos toques a los emparedados, aparecieron padre e hija.

—¡Guau! —exclamó la niña—. ¡Qué buena pinta!

—Mi padre tenía una cafetería en Park Slope y se me da muy bien preparar emparedados —contestó Claudia orgullosa de poder colaborar en algo—. Podría ocuparme yo de la casa, de limpiar y tener la comida y la cena preparadas.

Ross recordó que Susan odiaba cocinar. No se parecían en nada, desde luego. Pero, ¿era malo acaso?

—Me parece bien —contestó pensando que sería más útil dentro que fuera de la casa.

—¡Bien! —gritó Rosa May—. Papá solo sabe hacer pollo frito, puré de patata y brécol. Cenamos eso casi todas las noches.

—Bueno, a ver qué podemos hacer para cambiar eso —dijo Claudia.

Tras haber comido con limonada recién hecha, Ross y Rosie salieron a trabajar y Claudia los despidió con una sonrisa. Nada de limpiar cuerdas ni de ordeñar. Decidió prepararles un buen festín para cenar.

Registró la cocina. No había mucho. Pollo congelado, latas de verduras, patatas y tres frascos de salsa.

—¡Vaya! —exclamó al encontrar un paquete de pasta al fondo de un armario.

Siguió buscando y encontró unas cuantas cosas más.

—¿Qué es esto? —preguntó Ross al mirar su plato.

—Pasta al estilo no tradicional italiano —contestó ella—. Va a tener que llevarme a la ciudad a hacer la compra.

Rosa May metió el tenedor encantada en los espaguetis.

Ross seguía mirándolos con serias dudas.

–¿No llevan pollo?

–¡Coma!

Ross agarró tenedor y cuchillo y los cortó.

–¿Qué? –dijo al ver la cara de horror de ella.

–La pasta no se corta con cuchillo y tenedor –le explicó Claudia como si fuera un niño.

–A mí, me gusta comer así los espaguetis.

–Uno –dijo ella–. No son espaguetis. Son vermicelli. Papá, mamá, dadme la paciencia necesaria –añadió mirando al techo–. Era lo que había. Hubiera sido mejor hacer linguini, que es lo verdaderamente va bien con la salsa Alfredo, aunque esta es un tanto sui generis porque no tenía parmesano fresco. Dos: nunca jamás en la vida se corta la pasta con cuchillo y tenedor. Hay que pinchar la pasta y enrollarla –continuó demostrándoselo–. Cuando tienes la pasta bien fuerte alrededor del tenedor, lo levantas y te lo llevas a la boca. Pinchas, enrollas y a la boca.

–Pinchas –dijo Rosa May metiendo el tenedor entre los espaguetis–. Enrollas y a la boca –añadió observando sorprendida cómo era cierto que funcionaba. Se metió la comida en la boca–. ¡Esto está muy bueno, Claudia!

Claudia sonrió y se giró hacia Ross.

–Pinchas, enrollas y a la boca.

Lo de enrollar no se le estaba dando bien. Al intentar llevarse el tenedor a la boca, se le caía la mitad.

–¿Quiere que me ponga detrás de usted y le enseñe?

Ross sabía que ella estaba bromeando, pero no pudo evitar imaginarse sus pechos en la espalda, como los había sentido en el torso horas antes. Si hubiera tenido un espejo delante, habría visto que parecía su caballo cuando Shannon estaba cerca.

No era porque oliera a lilas, aquello a él no le impresionaba. Tampoco era su cuerpo porque, la verdad, se le hacía un poco delgada. Era ella. Había algo en ella, no sabía qué, que lo había intrigado desde que la había visto por primera vez.

No se comportaba como su esposa, ni se reía como ella. Ni siquiera cocinaba como Susan. Si había querido a su esposa, a aquella mujer la tendría que odiar, ¿no?

«Esto no tiene nada que ver con los sentimientos», se dijo. «Esto es deseo puro y duro».

Ross probó los espaguetis y decidió que estaban deliciosos. No sabía cepillar a los caballos ni limpiar las cuadras ni ordeñar las vacas.

Pero sabía cocinar.

–¿Y bien?

–No están mal.

Claudio se dio cuenta de que la estaba tomando el pelo y lo perdonó.

Después de cenar y de que Rosa May se hiciera la remolona y su padre la mandara a ver la tele, Claudia se hizo cargo de fregar los platos.

–¡Ay! –exclamó al meter las manos en el fregadero lleno de agua caliente.

Ross se acercó.

–¿Qué pasa?

–Nada, unas ampollas.

Él le agarró las manos y Claudia sintió que le flaqueaban las piernas. Ross siguió observando las ampollas y ella intentó apartar las manos. Lo tenía demasiado cerca.

–Tenía que haber parado cuando empezaron a dolerle. No quería que trabajara tanto.

Claudia consiguió liberarse de sus manos, pero no le sirvió de nada porque lo seguía teniendo muy cerca. Lo miró a los ojos, aquellos seductores ojos verdes, y sintió que una parte de ella

deseaba caer rendida a sus pies. La otra parte se negaba a perder así el orgullo. Aunque le gustara aquel hombre, como seguro que a él no le gustaba ella, no podía ponerse a temblar cada vez que la tocara.

Claudia intentó hablar con calma y reírse de las ampollas.

–Ha sido culpa mía. Debí ponerme guantes. Bueno, no pasa nada. También me salían cuando me pasaba ocho horas cortando el pelo a la gente.

Ross no la creyó, pero aceptó su respuesta. Se quitaba el sombrero ante su tozudez. No sabía por qué, inconscientemente, le estaba empezando a gustar aquella mujer, a pesar de ser un desastre en las tareas de la granja.

–¿Quiere... un café? –sugirió Claudia. Si no se alejaba de ella, iba a terminar de nuevo entre sus brazos, pero aquella vez no iba a desperdiciar la ocasión llorando como una tonta.

–Claro –contestó él. Le estaba diciendo que se apartara. La tenía aplastada contra la encimera de la cocina.

Ross pilló la indirecta y se apartó. Sí, tenía que mantenerse lejos de ella. Se encontró buscando un tema de conversación.

–Mi hija me ha dicho que ya no corta usted el pelo, ¿no?

«Un tema de conversación adecuado», pensó Claudia. Nueve con tres. Movimiento sutil y tema nada relacionado con el sexo.

–Cierto, ahora me dedico a las uñas. Pinto uñas, pero no de manera normal. Hago diseños personalizados –dijo mientras servía el café.

–El baúl –recordó Ross–. Pero los esmaltes de uñas no pueden pesar tanto.

Claudia se rio ante su expresión.

–Dentro están los esmaltes, el banco de trabajo, el taburete, pinceles, herramientas y un secador de uñas.

–¿Tantas cosas para pintar las uñas?

–No me dedico meramente a pintarlas –le recordó–. Hago obras de arte. Mire –añadió enseñándole las manos–. Son rosas. En cada uña pinté una en proceso de florecimiento. Se han estropeado. Ese es el problema, que no duran mucho.

–Rosa May me ha dicho que tiene un local propio.

–Sí, me costó cinco años montarlo, pero va muy bien. Es muy chulo y exclusivo porque mis diseños son únicos. Claro que también me ha venido muy bien ganar el primer premio en la Exposición Nacional de Uñas.

–¿Ah, sí?

–Fue el año pasado, en Florida. Éramos miles de artistas de todo el país y estuvimos cinco días compitiendo.

–Un concurso de uñas. Increíble.

–Bueno, no es un concurso cualquiera. La competición es feroz. Me costó mucho quitarle el título a Margaret Stone porque tiene unos esmaltes especiales de neón para hacer efecto de fuegos artificiales... no quiero aburrirlo con los detalles.

«Gracias», pensó Ross empachado de esmalte. Sin embargo, su entusiasmo era contagioso y se encontró interesado en el tema.

–Hice una composición de rascacielos famosos. En el Empire State Building, puse un King Kong pequeñito con chica y todo. No es por echarme flores, pero me quedó impresionante.

–Seguro. Así que ha triunfado y tiene una tienda.

–Un salón –le corrigió–. No me gusta decir que he triunfado porque, si te lo crees, es cuando se te empiezan a ir las clientas. Lo de la auto complacencia está fuera de lugar en este mundo. Las

cientas se pueden ir en cualquier momento. El hecho de que yo no esté allí unas semanas puede llevarlas a buscarse otro salón y arruinarme.

–Debe de estar volviéndose loca aquí entonces –dijo él con pena–. Si me viera obligado a dejar la granja, los daños serían irreparables.

–Bueno, no es lo mismo. Si usted se fuera, las vacas se morirían. Mis vacas se buscarían otra artista, ya me entiende.

Ross se rio.

–Sí, supongo que tiene razón.

–¿Y cómo se convirtió usted en granjero? Antes, era agente del FBI, ¿no? Menudo cambio.

–Bueno, no tanto. Me crie aquí y, cuando mi padre murió, me dejó la granja.

–Siento lo de su padre.

–Yo, también. Era un buen hombre.

–Podría haber dicho que no.

Ross negó con la cabeza.

–No. Esta granja fue un regalo de mi padre y será el regalo que yo le haga a mi hija. Esta granja siempre ha estado aquí y aquí seguirá. Hay algo especial en formar parte de algo duradero. Susan se crio en una granja también, no muy lejos de aquí, y le gustaba tanto esta vida como a mí. Me parece que le daba miedo irse de aquí, pero, cuando terminé la universidad y entré en el FBI, me siguió a Virginia sin rechistar. Sin embargo, cuando murió mi padre, nos dimos cuenta de que había llegado el momento de volver. Ambos sabíamos que era lo mejor para nosotros y para Rosa May. Me encantaba mi trabajo y, de vez en cuando, echo de menos la acción. Y, de repente, me llama MacCurdy y me pide que proteja a una mujer que está huyendo de la mafia.

–Así que he traído acción a la granja. Eso es bueno, ¿no?

–Supongo –contestó sin querer comprometerse.

–Me parece estupendo que ame este lugar –murmuró Claudia–. No se puede imaginar la cantidad de gente que hay donde yo vivo a la que no le importa lo que hace. Solo trabajan por dinero. No entienden por qué me he sacrificado tanto para tener mi propio negocio cuando podría haber ganado mucho más trabajando en algún salón maravilloso de Manhattan.

–Porque es suyo y, sobre todo, porque es su fiel reflejo –concluyó Ross con naturalidad.

–Sí –dijo ella. No sabía por qué, pero el hecho de que Ross entendiera aquello, que la entendiera a ella, aquel hombre que supuestamente era tan diferente, hizo que le diera un vuelco el corazón. Por primera vez desde la muerte de sus padres, alguien la entendía. El que fuera aquel granjero era alucinante–. Exactamente igual que la granja es suya y su fiel reflejo –murmuró dándole a entender que lo comprendía perfectamente.

–Sí.

Sus ojos se encontraron y el tiempo se paró. Ninguno de los dos sabía por qué, pero la tensión se podía cortar con cuchillo. Se suponía que no tenían nada en común, nada que los uniera, se suponía que eran desconocidos, opuestos, incluso enemigos. Pero no era así.

–Es un bonito pedazo de tierra –dijo Claudia por fin para intentar romper la tensión.

–Gracias.

–Pero huele mal.

Ross estalló en carcajadas. En ese momento, Claudia se dio cuenta de que el vuelco que había sentido en el corazón era la primera señal de que se estaba enamorando de él.



## Capítulo 5

NO LO QUIERO.

Claudia se miró al espejo. Habían pasado unos días desde que se había dado cuenta de lo que sentía por Ross y había decidido remediarlo.

–No lo quiero –repitió con voz calmada–. No lo quiero. No lo quiero. No. Lo. Quiero. No lo quiero hoy ni lo querré mañana. No lo quiero bajo la luna ni tampoco bajo el sol. ¿Pero a quién pretendo engañar? ¡Si estoy colada!

–¿Eh? –dijo Rosa May.

Claudia saltó tan alto que se vio los zapatos en el espejo. ¿Quedaban mal los zapatos morados de tacón con los pantalones rojos?

–¿Qué haces espiándome?

–No te estaba espiando. Es que te he vuelto a oír hablar sola y...

–Yo no hablo sola.

–Claro que sí. Todo el rato, cuando te crees que ni papá ni yo te oímos. Y también cantas. Ópera o algo así. La verdad, no se te da muy bien. Mejor dedícate a las uñas.

–Siempre criticando –murmuró Claudia avergonzada–. ¿Qué has oído y cuánto me va a costar que mantengas el pico cerrado?

–Solo te he oído decir algo del doctor Seuss. Me parece que no se llama así, pero si quieres te puedo traer el libro de la biblioteca.

–¿Solo eso?

–Bueno, también te he oído repetir que no estás enamorada de mi padre, pero no entiendo por qué lo dices delante del espejo. Los adultos sois complicados y hace tiempo que decidí que, en casos como este, es mejor que arregléis las cosas entre vosotros.

Claudia estaba ensimismada viéndose los zapatos de nuevo y no oyó la respuesta de la niña.

–Te advierto que, si crees haber oído algo, te equivocas. No he dicho nada que tenga que salir de estas cuatro paredes. ¿*Capisce*? –le advirtió decidiendo que los zapatos se quedaban dónde estaban. Era de Prada y Prada iba con todo.

–*Capisce* –contestó la niña encantada de utilizar su nueva palabra favorita–. Había venido a decirte que papá te recuerda que te pongas crema en las ampollas y que nos vamos a la ciudad en veinte minutos.

–Gracias –dijo Claudia mientras la niña salía del baño.

Se miró las manos horrorizada. Había que predicar con el ejemplo. ¿Quién se fiaría de una persona que se ofrece a arreglarle las uñas con unas manos así? Nadie. Regla número tres de la Escuela de Belleza de Brooklyn.

Menos mal que no podían verla en aquellos momentos. Se había pintado las uñas, por supuesto. Con vacas y caballos intercalados. Aun así, las marcas de las ampollas y los picotazos de aquella maldita gallina le daban un aspecto horrible.

–Gretchen –murmuró jurando venganza. Iban a la ciudad y había decidido no ponerse la crema. No quería saludar a los amigos de Ross con las manos embadurnadas de ungüento–. Otra vez pensando en él –se dijo. Había tomado la costumbre de negarse a sí misma sus sentimientos en voz alta. Se había convertido en un ritual diario desde que se había dado cuenta de que no sentía aquel

hormigueo en el estómago por nervios, ni se le aceleraba el pulso por moverse demasiado, ni tenía calor por pasar demasiado tiempo bajo el sol. Todo eso ocurría cuando el granjero estaba cerca.

Durante aquella charla de la cocina, mientras él hablaba, ella había estado oyendo cosas que Ross no estaba diciendo, pero que estaban detrás de sus palabras. El compromiso hacia su padre, su mujer y su hija. Lo que le había costado dejar el Cuerpo, que había sido más de lo que él estaba dispuesto a admitir. Pero lo había hecho porque no había tenido elección. La granja era su hogar y, sobre todo, su futuro.

Al entender la devoción que sentía por la tierra, Claudia había empezado a entender la granja. Ya no le parecía Marte. Solo la Luna. Todavía no era una vaquera, pero estaba aprendiendo. Ross la estaba enseñando, lo que era bueno y malo a la vez. Cuanto más tiempo pasaba con él, más se daba cuenta de que no se parecía a nadie que hubiera conocido antes.

¡Y además tenía un trasero estupendo!

Estaba segura de que él lo único que quería era que se fuera. Bueno, le gustaba tomarse un café con ella por las noches y la miraba cuando creía que Claudia no lo veía, pero eso no era amor. Él seguía enamorado de su mujer y ella era completamente diferente a ella.

Tal vez, ella tampoco estuviera enamorada de él. ¿Cómo se iba a haber enamorado en unos días? Conocía a Marco de toda la vida y nunca se había enamorado de él. Siempre había pensado que su desalmado corazón no era capaz por cabezonería. Era demasiado independiente, no quería comprometerse con nadie. Pero Ross había tirado los muros de defensa que ella había levantado en torno a su corazón.

¿Tirado? Se los había llevado por delante.

Fuera como fuere, aquello no tenía sentido. La miraba como la miraban las vacas. Podría pasearse desnuda y no se darían cuenta. No le gustaba que la miraran así. Ni él ni ellas.

—¡Claudia! —gritó Ross desde abajo.

Al menos, había dejado de llamarla por su apellido.

—¿Quéééé?

Ross se preguntó si las ventanas vibraban cada vez que ella gritaba por su acento o por su timbre de voz. Decidió que debía de ser por lo último o nadie en Nueva York tendría cristales.

—Venga, que vamos a llegar tarde —le dijo. Quería ir a hacer unos recados, comer algo y volver antes de que anocheciera para arreglar una valla. Sin embargo, había aprendido que con ella las prisas no valían. Cuanto más le decía que se apresurara, más tardaba ella. Lo negaba, claro, pero había algo en su naturaleza que la obligaba a llevarle la contraria.

Oyó el «clic-clic» de sus tacones, al que ya se había acostumbrado, y la vio aparecer en lo alto de la escalera. Sus piernas interminables se perdían hasta donde comenzaban unos ceñidísimos pantalones extremadamente cortos y rojos. Llevaba una camiseta negra de algodón que dejaba su ombligo al aire cuando se movía. Como de costumbre, llevaba un kilo de laca en el pelo y, si no le engañaba la vista, llevaba unos delfines plateados en las orejas.

Cuando la tuvo ante sí, se dio cuenta de que solo le sacaba unos centímetros. Le miró los pies y descubrió por qué.

—¿Vas a ir vestida así a la ciudad?

—¿Por qué siempre lo dices en ese tono negativo? He estado horas decidiendo qué me ponía —confesó. Se arrepintió al instante. Regla número cuatro de la Escuela de Belleza de Brooklyn: la belleza tiene que parecer natural—. ¿No te gusta?

Cuando la veía así vestida, que era siempre a no ser que estuviera en los pastos, varias sensaciones contradictorias se apoderaban de él. Por un lado, le encantaban sus piernas y su tripa blanca. No podía evitar pensar en el contraste de su palidez con sus manos morenas encima.

Muchas noches, se acostaba a las tantas pensando en ello.

A veces, se descubría a sí mismo acercándose a ella como quien no quería la cosa para olerla o sentir su roce. En el fregadero, en la mesa cuando agarraba el cuenco de la ensalada o por las noches en el sofá cuando su peso hundía los cojines y la hacía rodar hacia él.

Pero, por otra parte, no era Susan. No era como Susan. Su voz chillona, su debilidad y su ropa, completamente inapropiada, deberían haberlo molestado. El hecho de que no lo hicieran lo irritaba. No le gustaban las mujeres como Claudia.

Entonces, ¿por qué se moría al final del día por verla? ¿Por qué siempre se tomaba el café con ella después de cenar? ¿Por qué tenía la esperanza de que se durmiera por las mañanas para despertarla y hacerla rabiar?

Problemas. Sentimientos. Noches en vela. Deseo. Todo por ella y no había manera de quitársela de encima. Estaba condenado a estar con ella hasta que MacCurdy encerrara a Rocco y a Grotti, algo que, según le había dicho Frank la última vez que había hablado con él, no iba a suceder en breve. Qué suerte.

–No te da tiempo a cambiarte, así que vámonos –dijo de mal genio. Aquello no contestaba a su pregunta, pero era todo lo que tenía que decir. Si le decía que le gustaba su ropa estrafalaria, se le escaparía y acabaría confesándole lo mucho que le gustaba ella también.

–Señor Encanto, no tiene nada que hacer con Ross Evans –dijo con su sarcasmo habitual pasando a su lado.

Rosa May los estaba esperando montada ya en la camioneta.

–¿Por qué está tan contenta? –preguntó Claudia–. Si solo vamos al supermercado.

–Porque le he dicho que vamos a comer en Friendly’s –dijo ayudándola a subirse. Claudia suspiró y lo miró de reojo.

–Si tienes algún problema con Friendly’s, podemos ir a otro sitio –dijo él ya al volante.

–¿No vamos a ir a Friendly’s? –dijo Rosa May–. Pero si es el sitio más agradable del mundo...

Claudia sonrió y le revolvió el flequillo. Inmediatamente, se agachó en busca de la laca.

–Friendly’s me parece bien, pero no creía que en Sun Prairie hubiera un local así. Me imaginaba que iba a ser un sitio con una calle principal, con un ultramarinos, una ferretería y una cafetería atendida por una mujer muy mayor que hace un café estupendo y donde todo el mundo va en busca de cotilleos.

–Esto es Wisconsin, no el viejo Oeste –dijo Ross.

Rosa May cerró los ojos mientras Claudia le echaba la laca.

–Friendly’s es el mejor sitio para los cotilleos, ya verás –le prometió la niña.

Ross tenía razón. Sun Prairie no era el viejo Oeste sino el nuevo Oeste. Había centros comerciales, restaurantes de comida rápida y tráfico. En fin, nada de lo que ella se había imaginado.

–¡Mira, Claudia, mi colegio nuevo! Cuando empiece el curso, papá, te vas a quedar muy solo. En unos años, iré al instituto y luego a la universidad. Ahí sí que te vas a quedar solo de verdad.

–Rosa May, ya basta –gruñó Ross–. Ya me las arreglaré.

–¿Por qué no te casas? No puedes ser siempre soltero. Tal vez, tendrías que plantearte volver a salir con la señorita Harkim –sugirió Rosa May.

«Ocho con nueve», pensó Claudia.

–Vaya, la famosa señorita Harkim. No es que me interese mucho, pero ¿por qué dejaste de salir con ella?

–Porque era una chica de ciudad. Era de Milwaukee.

–¿Milwaukee es una ciudad? –se burló Claudia.

–Ya hemos llegado –anunció Ross entrando en el aparcamiento del supermercado. «Justo a tiempo», pensó.

Salieron de la camioneta y Claudia tardó diez minutos en elegir el carro perfecto. Rosa May lo llevaba mientras ella iba metiendo productos que él ni sabía lo que eran.

–Os dejo la chequera. Hay un cheque en blanco. No os paséis. Yo voy mientras a la ferretería –dijo al final.

–Que te diviertas.

–Bueno, tanto como divertirme...

–Pues claro. Un hombre, un granjero como tú, en una ferretería. Seguro que el nivel de testosterona en esos establecimientos es tan alto que coloca.

Ross meneó la cabeza y se alejó con la esperanza de recuperar la cordura en la ferretería. Una mujer como Claudia podía volver loco a cualquiera y él ya había pasado demasiado tiempo con ella.

Una hora después, las vio salir del supermercado. Llevaba esperándolas un buen rato.

–¿Qué hacíais? ¿Plantar la comida?

–Ja, ja –contestó Claudia–. No, es que no ha sido fácil encontrar los ingredientes que necesito para hacer mi salsa. En Brooklyn, no me habría costado nada.

–En Brooklyn, no estarías haciendo salsas –dijo él recordándole por qué estaba allí.

–Cierto.

–¿Vamos a Friendly's? –preguntó Rosa May a punto de hacer un puchero. Ross pensó que, aunque estaba a punto de entrar en la adolescencia, su hija seguía siendo una cría en muchos aspectos. Tal vez, Claudia no la estuviera influyendo.

–Sí, vamos –contestó.

El puchero se desvaneció al instante y fue sustituido por una maravillosa sonrisa. Cruzaron la calle y entraron en el local. Ross sintió todas las miradas sobre ellos. No, más bien, sobre Claudia.

–Papá, ¿por qué todo el mundo mira a Claudia?

–Porque es de fuera, cariño.

–¿Por qué me miran?

Ross se acercó a ella para que todos los presentes supieran que estaba con él. No le estaban gustando las caras de desaprobación de las mujeres ni las expresiones lascivas de los hombres.

–No le des importancia. No saben qué pensar de ti.

–Yo tampoco sé qué pensar de ellos –murmuró ella.

Una camarera los llevó a una mesa que resultó estar justo enfrente de la que ocupaban las dos mujeres más cotillas del lugar.

–Hola, señora Pritchett, señora Harkim.

–¿Qué tal?

–Estupendamente –mintió Ross.

–¿No nos va a presentar a su amiga? –preguntó la señora Pritchett en un tono que era más una orden que una pregunta.

–Hola –saludó Claudia–. Soy una vieja amiga de Ross... del trabajo. Ya saben, agente y esas cosas. Solo estoy de visita. No hay nada entre nosotros, ¿eh? –dijo intentando echarle una mano. Al ver la cara de desesperación de Ross, se dio cuenta de que no debía de estar haciéndolo muy bien–. ¿Quién la peina? Tiene los reflejos muy bien dados.

La señora Harkim se tocó el pelo.

–No sé de qué me habla. No llevo reflejos.

Claudia se rio.

–Claro. ¡Muy bueno!

Las mujeres giraron la cabeza y dejaron de mirarla. Ross se tapó la cara con las manos.

–¿Siempre le preguntas a alguien que acabas de conocer por sus reflejos?

–Solo si los lleva –contestó ella tan contenta.

–Ahí viene la camarera. Intenta no decirle nada.

–Lo intentaré.

Pero, antes de haber terminado de comer, le había aconsejado que metiera las manos en aloe vera todas las noches porque las tenía destrozadas. La mujer, al principio, se mostró reacia, pero, al final, quedó prendada del entusiasmo y la sinceridad de Claudia.

Aquello le valió a Rosa May un helado de regalo.

–Eres una maleducada, ¿lo sabías? –dijo Ross mientras iban hacia el coche.

–¿Cómo? Solo les he dado un par de consejos. ¿No has visto cómo se han acercado todas las cacaúas cuando he dado mi remedio casero para las arruguitas de alrededor de la boca? Reconocen un buen consejo cuando lo escuchan. Incluso la señora Harkim, a la que, al principio, no le he caído bien.

Ross cruzó los dedos para que no hubiera reparado en el apellido de la mujer. Aunque ella y Claudia creyeran lo contrario, Hannah y él solo habían sido amigos.

No había ido tan mal. Las personas que había en Friendly's la habían aceptado. En el transcurso de una comida, había pasado de ser el escándalo del lugar a la asesora de belleza.

–¿Sabías que en Sun Prairie solo hay un salón de belleza y es de una cadena? Claro, ahora me explico que estén todas tan mal. No hay quién dé un buen servicio si lo que prima es la cantidad y no la calidad.

–Qué razón tienes –se burló Ross.

–Ríete, pero, si alguien abriera un salón de verdad aquí, se forraría.

–Se me olvidaba que eres una mujer de negocios.

–Primero, soy artista y, segundo, mujer de negocios. La belleza y los negocios no están reñidos.

–Papá, mira –gritó Rosa May tomando un papel que les habían dejado en el parabrisas de la camioneta–. Hay una fiesta de disfraces el próximo sábado. Hay que ir de vaqueros y vaqueras. Solo para adultos. ¡Para Claudia y para ti!

Ross le arrebató el papel. No quería parecer rudo, pero lo último que quería ir a una fiesta con Claudia.

–Una fiesta, ¿eh? –dijo ella.

–No me gusta bailar –dijo Ross–. No sería un buen acompañante.

–Sí, supongo que tienes razón. ¿Qué iba a pensar la gente si te presentaras conmigo? Además, te pasarías la noche pisándome y eso no resultaría divertido en absoluto.

–No he dicho que no sepa bailar –dijo irritado–. Solo he dicho que no me gusta, que es muy diferente. ¿Y qué sabe una chica de ciudad de un baile en el campo? No creo ni que sepas bailar la polca.

–¡Claro que sé! He visto *Urban Cowboy*, con John Travolta y Debra Winger. Es una de mis películas favoritas.

No había escapatoria. Ross cruzó los dedos para que la emoción de tenerla toda la noche entre sus brazos no se le notara.

–¿Claudia?

–¿Sí, Ross?

–¿Te apetecería ir conmigo al baile el próximo sábado?

–No lo sé. Tengo que mirar la agenda –contestó entrando en la camioneta–. Aprende –le dijo a Rosa May–. Nunca le digas que sí a un chico la primera vez que te pida salir. Hay que hacerse rogar un poco.

## Capítulo 6

NO. NOO. No. De ningún modo. No, no. Esto está siendo más difícil de lo que yo pensaba –dijo Rosa May. Llevaban horas buscando entre la ropa de Claudia en busca de algo que fuera bien para el baile de aquella noche. Nada.

–¿Qué puedo decir? No he traído nada para ir a un baile en el campo. Tengo de todo, cenas elegantes, fiestas informales... pero no pensé en bailes campestres, la verdad –dijo Claudia. Estaban las dos en el baño frente al minúsculo espejo.

–¡Tengo una idea! –exclamó la niña–. Podrías ponerte algo de mi madre. Ella tenía muchas cosas que te irían bien. Tenemos toda su ropa guardada en cajas en su vestidor.

Claudia dudó. No sabía si le parecía bien ponerse la ropa de Susan. Había llegado a pensar en ella como en una persona de carne y hueso aunque no la hubiera conocido ni la fuera a conocer. Seguía muy presente en la granja, en la casa y en el corazón de Ross, lo que no tenía por qué ser malo.

Por las noches, envuelta en la manta que había hecho la madre de Susan, sentía su presencia y le agradaba. Se imaginaba que la veía pintándole las uñas a Rosie o peleándose con Ross por el mando del televisor o esforzándose por meter una vaca en el establo. Se preguntaba si, aunque sabía que su paso por la granja era temporal, Susan se habría dado cuenta de que quería formar parte de aquello, incluso sentirse necesitada.

Claudia estaba segura de que, si Susan hubiera estado viva, se habrían llevado bien a pesar de ser muy diferentes. Después de todo, las dos se preocupaban por Ross, ¿no? Por eso, lo de ponerse su ropa se le hacía raro. Una cosa era interesarse por el marido de una mujer muerta y otra hacerlo con su ropa puesta.

–Venga –insistió la niña arrastrándola a la habitación de Ross.

Sin darse cuenta de que Claudia era reacia, Rosa May se puso a sacar faldas y blusas de las cajas. Rebuscó y sacó unas botas rojas de cowboy.

–¿Ves? Son perfectas.

–No... no sé. No creo que a tu padre le haga mucha gracia que me ponga la ropa de tu madre. La ropa es algo muy personal.

–Para mi madre no lo era.

–¡Ross! –exclamó Claudia al verlo aparecer en la puerta del dormitorio con la camiseta blanca pegada al pecho. Era una camiseta de pico por cuyo cuello asomaban unos mechones de pelo oscuro. Se imaginó acariciándolo y se le secó la boca. Ningún hombre había hecho que se le secara nunca la boca.

Ross la miró y vio sus ojos nublados por el deseo. Su cuerpo reaccionó inmediatamente. Al ver las botas que tenía en la mano se acordó de por qué no tenía que querer nada con ella. Cada vez le estaba resultando más difícil. Tal vez, vestida de pies a cabeza como Susan se daría cuenta de lo diferente que era a ella y le resultara más fácil mantener las distancias.

–Póntelas. Susan no era una loca de la ropa, como tú. Para ella, era solo algo que se tenía que poner para salir a la calle. Aun así, tenía cosas bonitas. No le habría importado prestarlas.

«¿Ni siquiera a mí, que me muero por los huesos de su marido».

–Son muy bonitas.

Ross asintió y se la intentó imaginar vestida como su mujer, pero no lo consiguió. Seguro que se pondría una falda corta, las que Susan evitaba porque decía que tenía las rodillas llenas de agujeros. Sonrió al recordarlo.

Vio que Claudia lo miraba nerviosa. Estaba claro que la preocupaba su reacción.

–Seguro que tengo que ponerme. No he mirado bien entre mi ropa, la verdad.

–Hemos estado horas buscando, papá –protestó Rosa May–. Estoy segura de que a mamá no le habría importado.

Claudia miró a la niña y de nuevo al padre.

–Si estáis seguros...

–Yo, sí. ¿Y tú?

Percibió que la pregunta iba más allá de la ropa, pero estaba demasiado nerviosa como para analizarla.

–No, pero si no me visto ya, vamos a llegar tarde.

–El baile empieza dentro de menos de una hora. Vamos a llegar tarde seguro –dijo Ross consciente de que Claudia necesitaba más de una hora para acicalarse el pelo.

–Me refería a más tarde de lo normal. Nunca se me ocurriría llegar a una fiesta en punto. Qué vergüenza.

–Claro, un horror, lo sé. Vístete.

En menos de media hora, Ross estaba duchado, afeitado y vestido. Se había puesto sus vaqueros más limpios, una camisa con el cuello blanco y una corbata estrecha y negra. Y botas de vaquero, por supuesto. Incluso se había calado el sombrero de vaquero que le había regalado su hija el año anterior por su cumpleaños. Se encontraba un poco ridículo con él, pero la niña le aseguró que estaba mejor que Garth Brooks.

Y comenzó la espera. Se tomó una cerveza mientras charlaba con Betty, la canguro que se iba a quedar cuidando a Rosa May.

–No creo que volvamos tarde.

–Señor Evans, ¿sabe usted si Claudia está muy liada el lunes?

–¿Liada? –repitió Ross sin entender a qué venía aquella pregunta.

–Sí, está muy liada –contestó Rosa May.

–¿Con qué? –preguntó su padre.

–Ya sabes, papá. La comida, limpiar la casa y todo eso. Claudia hace un montón de cosas. Y, ahora que ya no le dan miedo los caballos, se está ocupando de cepillar a Shannon y a Diablo.

Sí, cierto, muy bien, ¿pero y a Betty qué le importaba todo aquello y por qué había preguntado específicamente por el lunes? Estaba visto que a su hija no iba a poder sonsacarle nada, así que decidió preguntárselo directamente a Claudia. Miró el reloj. Tras una hora y media, comenzó a pasearse. Cuando ya no pudo más, abrió la boca para pegarle un grito.

Pero la cerró rápidamente al verla en las escaleras. Sin poder controlarse, se quedó mirándola con la boca abierta.

–¿Quééé?

Increíble. Estaba completamente cambiada. Llevaba el pelo en una cola de caballo de la que salían unos cuantos mechones que le enmarcaban la cara. Solo se había puesto un poquito de brillo en los labios y se dio cuenta de que el color natural de su boca era un malva apagado. Sin raya ni sombras en los ojos, estos tenían una expresión de lo más dulce y el azul de su iris resaltaba más. Llevaba una camisa de batista azul, suya sospechó, anudada a la cintura y una falda vaquera hasta los tobillos, donde asomaban las botas rojas. A todos los efectos, era una perfecta vaquera.

–Estás diferente.



–No quería dar la nota –explicó ella.

No la iba a dar, desde luego. Más bien, iba a pasar de lo más desapercibida. Sin saber por qué, aquello lo molestó.

–Vamos, que llegamos tarde.

–Siempre llegamos tarde.

–No, siempre llegamos tarde por tu culpa.

Claudia puso los ojos en blanco. No había tiempo para discutir.

–Hasta luego, chicos –les dijo Rosa May desde el sofá–. Ábrele la puerta, papá y asegúrate de que tenga el vaso siempre lleno y baila con ella. No os preocupéis si llegáis tarde, podéis llegar a la hora que queráis.

–Gracias –dijo Ross decidiendo que iba a tener que hablar seriamente con su hija sobre su obvia idea de emparejarlos.

Mientras salían, le pareció que Rosa May le decía a Betty que hacían una pareja estupenda. ¡Pareja! Qué tontería.

El gimnasio del colegio estaba decorado maravillosamente con balas de paja, manteles rojos y estrellas colgadas del techo. Le recordó a su fiesta de graduación a la que, por supuesto, había ido con Susan. Mientras bailaba con ella, se había dado cuenta de que era la mujer con la que iba a compartir su futuro.

Esa noche iba a ser muy diferente. Era imposible bailar con Claudia y ver el futuro, porque con ella lo máximo que se veía era el día siguiente.

–¿Quieres ponche?

–Claro, pero cargado con algo, por favor –contestó ella sintiendo que lo iba a necesitar. Se sentía como la primera vez que había salido con un chico a un baile. Se había esforzado por vestirse a conjunto con él, pero Ross no parecía apreciar su esfuerzo. Seguramente, le recordaba demasiado a su mujer. Probablemente, se estaba arrepintiendo de haberla invitado.

Su inexplicable atracción por él la habían llevado a presionarlo para que la invitara. ¿Por qué se había dejado? Porque era un hombre bueno y dulce o, tal vez, porque era un sádico que disfrutaba viéndola sufrir. En cualquier caso, se sentía como una idiota.

Al volver, Ross dejó los vasos sobre la mesa.

–Vamos a bailar.

–No sé... Tal vez, deberíamos irnos.

–¿Tienes miedo de pisarme? –sonrió él.

Claudia sonrió también.

–Tú lo has querido.

Le estaba advirtiendo, pero él no veía peligro por ningún lado aunque se moría por tenerla entre sus brazos.

Se apresuró a llevarla entre las parejas que bailaban al compás de la música. Lograron hacerse un hueco y él la agarró de la cintura y la guió. Estaban bailando.

Claudia intentó tranquilizarse pensando en que estaban en un gimnasio con horribles estrellas de mentira brillando en el techo, ponche aguado y gente disfrazada. Esperaba que fueran disfraces.

No estaban en otro universo ni en otra dimensión ni en otro plano espiritual. Aunque le pareciera que el tiempo se había parado y que la luz de la luna penetraba por las paredes y la iluminaba a ella, no era así. Estaba en un gimnasio en Wisconsin. Desde luego, no era el lugar más apropiado para sentirse tan estúpidamente feliz ni tan excitada. Solo estaban bailando.

Ross no había exagerado. Bailaba muy bien. Su fuerza hacía que la llevara sin problemas. Y ella se dejaba.

–Veo que sabes bailar la polca –dijo Ross como si se sorprendiera.

–Y dar vueltas y deslizarme –añadió ella muy orgullosa.

Ross no tenía ni idea de por qué estaba sonriendo. Él solo podía pensar en lo que tenía al alcance de la mano. Un melón maduro, bueno, dos. Se moría por cachearlo. La tentación lo estaba matando. Le costó un gran esfuerzo no bajar las manos más allá del cinturón.

Lo estaba mirando fijamente a los ojos y Ross vio en ellos duda, nervios y deseo.

No sabía si lo estaba viendo porque era lo que quería ver o de verdad lo estaba mirando así. Estaba pudiendo con él. El deseo de una mujer era como el canto de una sirena. Absorbente, fuerte e irresistible.

La música fue cambiando y acabaron bailando una lenta. Ross levantó una mano y le acarició los rizos que le caían junto al rostro. Quería decir algo sarcástico que aliviara la tensión del momento, pero...

–Qué guapa eres –dijo sin poder evitarlo.

Claudia sintió que se le salía el corazón por la boca. Era un cumplido normal y corriente, pero la alteró como ningún otro. Le parecía guapa. Sin laca. Sin maquillaje. Sin ropa moderna.

Ross siempre la miraba como si estuviera guapa. Por las mañanas, cuando estaba todavía dormido y no podía evitar seguirla con la mirada mientras ella recogía el desayuno o cuando se la encontraba trabajando en el establo con los vaqueros remangados. La encontraba guapa vestida con sus ropas de ciudad, con las suyas de faena o como una vaquera. Le parecía guapa. No por su cara ni por su cuerpo sino por su alma.

Claudia sintió deseos de besarlo. No por gratitud sino por amor. Quería acariciarle el pelo, la mandíbula y aquellos labios carnosos. Quería abrazarlo y apretar hasta no poder más.

Recordó aquel día en el establo cuando la abrazó mientras lloraba. También había sentido deseos de besarlo, pero, entonces, era un desconocido, un granjero. Ahora era Ross, su amigo, su...

Claudia reposó la mejilla sobre la mano que la estaba acariciando. Sintió su palma callosa sobre su piel suave y sintió un escalofrío por la espalda.

–Claudia –murmuró él.

–Ross –suspiró ella.

–Vaya, hola, Ross –interrumpió la señora Harkim–. Mira a quién te traigo para que baile contigo.

La pareja se separó a su pesar y Ross, aunque le rechinaban los dientes, se mostró educado.

–Hola, Hannah. ¿Qué tal estás?

–Bien, Ross –contestó ella, roja como un tomate. Ross sabía que lo estaba pasando mal. A su madre no le importaba ponerla en ridículo con tal de casarla–. No nos conocemos –dijo Hannah girándose hacia Claudia–. Soy...

–La señorita Harkim –dijo ella–. Yo soy Claudia, una vieja amiga –añadió mirando a aquella mujer con la que había salido Ross y que, según su hija, no le iba nada. Estaba equivocada. Le iba todo. Era fuerte, rellenita y rubia. Hecha para la vida de granja, obviamente. Si Susan tuviera que decidir quién la iba a suceder, la elegiría a ella. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, Claudia se sintió completamente fuera de lugar.

Si hubiera sido de las de lágrima fácil y no hubiera copado ya su cuota de lágrimas para un año, se habría puesto a llorar allí mismo, pero no lo iba a hacer. Decidió quitarse de en medio dándose cuenta de lo idiota que había sido bebiendo los vientos por Ross. No era para él, pero aquella

mujer, sí –Ross, ¿por qué no bailas con Hannah? Yo voy a servirte un poco más de ponche.

No había dado más que un par de pasos cuando sintió su mano en el antebrazo.

–Estábamos bailando. Vamos a terminar –ordenó–. Hannah, yo... eh...

–No tienes que darme ninguna explicación –sonrió ella con dulzura.

Ross asintió agradecido. Se sonrieron y Ross comprendió que Hannah estaba tan interesada en él como él en ella. Seguramente porque se parecían demasiado y entre ellos no había química.

Hannah se dio la vuelta para irse, pero se paró y miró a Claudia.

–No sé si le parecerá bien, pero he visto las flores que le ha pintado a Dorothy y...

Claudia no sabía qué hacer. Por una parte, odiaba a aquella mujer por ser todo lo que ella no era, pero, por la otra, no podía dejar tirada a una mujer que pedía ayuda para sus uñas.

–El lunes estoy muy liada, pero creo que podré sacar media hora después de la una.

–Gracias –dijo Hannah yéndose.

–¿Por qué no has bailado con ella? –le preguntó Claudia a Ross.

–Liada. El lunes estás liada. A eso se refería Betty. ¿Estás convirtiendo mi casa en un salón de belleza? –preguntó Ross imaginándose inmensas colas de mujeres ante su porche esperando ansiosas un consejo de la gurú de la belleza.

–¿Te importa que vayamos por partes? Esa chica es perfecta para ti. Tendrías que haber bailado con ella. Rosie tiene razón. Nosotras dos no vamos a estar contigo para siempre. ¿Qué vas a hacer cuando te veas solo?

La idea de que Claudia se fuera no le hizo ninguna gracia.

–Te voy a decir lo que voy a hacer. ¡No voy a permitir que sigas con eso de los lunes!

–¡Ah! Eres imposible. Estamos hablando de tu futuro y tú me sales con diez o quince mujeres que van a que les deje las uñas perfectas.

–¡Quince! ¿Pero has olvidado por qué estás aquí? Tienes que esconderte, no montar un negocio.

–No lo puedo remediar. Esas mujeres me necesitan. No creo que ninguna de ellas sea un matón de Nueva York disfrazado. No es de eso de lo que quiero hablar. Estábamos hablando de ti y de tu futuro con Hannah.

–No quiero hablar de mi futuro ni de Hannah. Además, ¿qué derecho tienes tú para organizarme la vida? No eres más que una invitada. Eso. Hoy estás aquí y mañana, te habrás ido, ¿no?

Si le hubiera cruzado la cara de un bofetón le habría hecho menos daño. Se soltó de su mano y cruzó la pista de baile a zancadas, con cuidado de no pisar a la gente ni de montar un numerito.

Una invitada. Solo eso. No sabía por qué le había dolido tanto porque Ross tenía razón. Era una invitada y cualquier día MacCurdy llamaría y le diría que podía volver a su querida Nueva York, a su ciudad, con su gente, a su salón. Allí había nacido y se había criado, allí había ido al colegio y había conocido a su primer y último novio: Marco. En Nueva York no estaba fuera de lugar porque sabía dónde ir y con quién.

Pensar en su casa debería haberla tranquilizado. Pensar en volver debería haberla emocionado. Sin embargo, había dos cosas que no había en Nueva York y que estaban en Wisconsin: Ross y Rosie.

No era justo que ambos le importaran tanto en tan poco tiempo, no era justo que, a pesar de acceder a no volver a Nueva York, Ross no la quisiera. «Hoy estás aquí y mañana te habrás ido, ¿no?». Seguro que lo estaba deseando.

Claro que, entonces, a ver quién le ponía una poco de salsa en los huevos revueltos para darles un toque picante, quién convertía su pollo congelado en festines a la italiana, quién le mullía las almohadas, le planchaba las camisas y le quitaba el polvo a los libros. No habría nadie que le dijera que estaba siendo demasiado duro con Rosa May y su relación con los pintalabios ni nadie

para desobedecer sus órdenes.

La buena de Hannah no haría eso. Ella obedecería todas sus órdenes sin rechistar. Un matrimonio de lo más aburrido. Claudia estaba tan enfadada con él que le deseó que se casara con la otra y se diera cuenta de lo vacía que estaba su vida sin ella.

Para cuando terminó de maldecirlo, se dio cuenta de que estaba fuera del colegio. Aunque era verano, hacía fresco. Se cruzó de brazos y fue en busca de la camioneta. No sabía qué iba a hacer cuando la encontrara, pero...

–Hola, vaquera.

Claudia se asustó al oír el siseo. Pensó que era Ross, pero, al darse la vuelta, comprobó que estaba en apuros.

Era un tipo grande y gordo con un gran sombrero. Lo tenía a un par de metros, pero eso no impedía que no se diera cuenta de que olía a alcohol. Se le salía la panza por encima de la cintura de los vaqueros, tenía las manos metidas en los bolsillos e irradiaba arrogancia.

–Mira, tío, déjame en paz –le advirtió.

–Pero, bueno, esas no son formas de hablarle a un vaquero –dijo acercándose–. Te he visto dentro y he pensado que te gustaría bailar conmigo.

–Pues te has equivocado –dijo Claudia dando varios pasos atrás.

–Venga, preciosa, hacemos buena pareja. Yo te enseño a bailar –insistió intentando agarrarla.

–Tú te lo has buscado –dijo negando con la cabeza.

El hombre se abalanzó hacia ella con los brazos abiertos. Oportunidad perfecta para darle una patada en la entrepierna, que lo dejó doblado por la mitad. Claudia aprovechó para agarrarlo del pulgar y retorcerle el brazo detrás de la espalda.

–Ríndete –le ordenó.

–Suéltame –gimió el hombre.

–Ríndete –repitió Claudia.

El silencio se vio roto por un gimoteo.

Claudia le retorció el brazo un poco más.

–Ríndete –insistió.

–Me rindo –murmuró el hombre.

–Muy bien –dijo ella soltándolo–. Vete de aquí antes de que me enfade de verdad.

El hombre se irguió y salió a todo correr. Claudia se quedó mirando aquel gran trasero y, entonces, oyó un aplauso. Se giró y vio a Ross apoyado en la camioneta. Estaba sonriente y entusiasmado.

Lo había sorprendido.

–Para una mujer que no puede mover una bala de paja, te las has apañado muy bien.

–Es cuestión de saber moverse.

–Recuérdame que no te haga enfadar nunca –bromeó él.

–Ya lo has hecho.

–Me refería a no volver a hacerlo.

Decidida a no perdonarlo, se quedó esperando a que le abriera la puerta de la camioneta y se subió sin su ayuda.

–Me sorprende que no te hayas montado en la camioneta y te hayas ido.

–Lo habría hecho si...

–¿Si qué?

–Si hubiera tenido la llave y... supiera conducir –admitió a regañadientes. No era el momento de confesar sus puntos débiles.

–¿No sabes conducir? Claro, por eso, vienen todas las mujeres a casa. Vamos a tener que hacer algo al respecto.

–¿Cómo? No necesito aprender a conducir. En unos días, volveré a Nueva York y allí no necesito el coche para nada. Eso es lo que quieres, ¿verdad? Que me vaya para poderte dedicar en cuerpo y alma a la buena de Hannah.

–Eh, que has sido tú la que me has dicho que bailara con ella. Dijiste que necesitaba a alguien que me hiciera compañía cuando tú te fueras.

–Y siempre me haces caso, ¿verdad? Bueno, pues, cástate con ella y déjame en paz.

–Puede que no quiera dejarte en paz –gruñó deslizándose por el asiento hasta dejarla aprisionada contra la puerta.

La pilló tan desprevenida cuando se inclinó sobre ella para besarla que Claudia no pudo hacer nada, ni pensar ni gritar ni reaccionar. Solo podía besarlo, así que fue lo que hizo.

## Capítulo 7

OH, ROSS –suspiró Claudia. Cuando la dejaba tomar aire, que no estaba siendo muy a menudo, intentaba controlar sus emociones. Pero era imposible. Sus besos no eran sutiles. No eran tiernos. No eran dulces ni románticos.

Eran ardientes. Lava incandescente que recorría su cuerpo, la subyugaba y la obligaba a acatar su voluntad, lo que le parecía fenomenal.

Sus lenguas jugueteaban, Ross le mordía el labio y Claudia sentía su respiración tan cerca que la calentura no dejaba de subir. Nunca la habían besado así. Todos los sentidos puestos en el beso, todos los nervios alerta. Se sentía viva, pero atontada a la vez. Nada que ver con aquel beso de Joey Angelucci en quinto curso.

Él tenía agarrada su cabeza entre las manos mientras la devoraba. Claudia se aferró a sus hombros sin fuerzas y dejó caer los brazos a los lados. Confiaba en él, nunca la dejaría caer.

Pero lo hizo. Su cabeza golpeó contra la ventana. No se hizo daño, sin embargo, porque estaba demasiado volado como para que le doliera nada.

–Estamos en el aparcamiento –dijo Ross poniendo la camioneta en marcha–. No podemos hacerlo aquí –añadió saliendo de allí.

Claudia no dijo nada, pero tenía mil preguntas en la cabeza. Había dicho que no podían hacerlo allí. ¿Quería eso decir que se iban a otro sitio a hacerlo? ¿Y a hacer qué exactamente? Demasiado mayores para andar besuqueándose en un coche como adolescentes, pero en la edad perfecta para hacer el amor bajo las estrellas. ¿Era eso lo que ella quería?

«¡Sí!», gritó su corazón y su cuerpo estuvo de acuerdo.

Pero quedaba su cabeza, siempre tan racional. ¿Y si hacían el amor qué pasaría después? Estaba muy claro que no podía quedarse en la granja. También era obvio que Ross buscaba a alguien completamente diferente a ella. Alguien como Susan o como Hannah.

¿Y después del acto? Después de dar rienda a la pasión, al recuperar la cordura, se vestirían a todo correr, avergonzados de haberse visto desnudos. Él le pediría disculpas y diría que no tendría que haber sucedido y ella estaría de acuerdo, pero se le rompería el corazón. Los días siguientes serían muy incómodos, así que se acabaría marchando y nunca lo volvería a ver.

También había que tener en cuenta lo bueno. Una noche de pasión sin precedentes en estado puro. Una noche que nunca había tenido en brazos del hombre del que, desgraciadamente, creía estar enamorada. Un recuerdo para toda la vida.

El coche paró y Claudia salió de sus pensamientos. Se giró hacia Ross y se dio cuenta de que no se habían hablado en todo el trayecto hasta casa. Debía de estar haciéndose tantas preguntas como ella.

–¿Dónde estamos? –preguntó Claudia reconociendo algunos árboles y el poste de teléfonos–. Estamos en el camino de entrada.

–Betty y Rosa May están en casa. No podemos entrar así.

Claudia sospechó que debía de estar completamente despeinada, algo que no resultaba del todo raro en ella, pero que, dadas las circunstancias, podría parecer sospechoso. Ross parecía tan normal si no fuera porque estaba tenso y tenía el ceño fruncido.

–Bueno, pues esperaremos.

–Tampoco podemos hacer eso.

–¿Por qué?

–Porque si no sales del coche inmediatamente, te vas a encontrar en mi regazo y no va a ser precisamente para decirme qué quieres por Navidad.

«¡Madre mía!», pensó Claudia. Decidió que necesitaba una amenaza más fuerte para salir del coche.

–No sales –dijo él.

–Tú, tampoco –protestó ella.

–¿Quieres que ocurra? Porque va a ocurrir. Llevo demasiado tiempo pensando en ello –le dijo pensando que, después de aquel beso, no iba a permitir que se fuera de su casa sin haber pasado por su cama. No había estado tan excitado en su vida. Siempre que había oído a los demás hablar de mujeres excitadas y sesiones de sexo desenfrenado había supuesto que estaban exagerando, pero lo estaba sintiendo. No era lujuria ni deseo. Era necesidad.

Se giró hacia Claudia para ver su reacción y se la encontró sonriendo.

–¿Qué?

–Has estado pensando en mí –dijo feliz.

Maldición. No tendría que habérselo dicho. Seguían estando cada uno a un lado de la raya y, en época de guerra, uno no iba por ahí revelando secretos al enemigo.

–Volvamos al tema importante...

–Por supuesto.

—¿Por supuesto qué?

Ross estaba perdido y se preguntó si no se habría dejado unas cuantas neuronas en el aparcamiento.

Claudia suspiró y volvió a intentarlo. Cerró el seguro de su puerta dándole a entender que no iba a ningún sitio.

A Ross no le hacía mucha gracia el lugar, pero no estaba la cosa como para ponerse a elegir. La agarró en volandas y se la colocó encima a horcajadas. Era menuda, pero, aun así, supuso que tenía el volante clavado en la espalda obligándola a apretarse contra él. Por él, estupendo, pero no sabía si ella estaría muy cómoda.

«Vaya, qué bien», pensó ella. Su pecho. Su maravilloso y musculoso pecho. Se agarró al reposacabezas apretando sus pechos contra sus músculos. Gimió.

–¿Te duele? –preguntó Ross. «Maldito volante».

–Sí, me muero –contestó ella levantándose un poco y dejándose caer otra vez sobre él.

Aquella vez fue Ross quien gimió.

–Quiero besarte.

–Yo, también.

Claudia lo besó suavemente en los labios y se apartó. Le chupó la punta de la nariz y se quitó. Le mordió el lóbulo de la oreja y se fue hacia atrás. Ross la tenía agarrada del trasero, y Claudia dudaba mucho de que la fuera a soltar.

«Tiene el poder», pensó él decidiendo que, tras semanas soñando con tocarle el trasero, no iba a quitar las manos de allí ni loco. Además, estaba dispuesto a acatar cualquier tormento que quisiera infligirle.

Que le mordiera en el cuello, que le diera un lengüetazo en la oreja, que le succionara el labio inferior. Cualquier cosa. Todo. Entonces, Claudia comenzó a desabrocharle la camisa comenzando por abajo y subiendo. Ross seguía controlando pero, cuando se la había desabrochado entera, le metió las manos por dentro y sintió sus uñas sobre su piel. Sintió que le pellizcaba los pezones y

dio un respingo que le llegó a la tripa y a la entrepierna. No sabía que sus pezones fueran tan sensitivos. Nunca había pensado en ellos como en un punto caliente para el sexo. Pero Claudia lo estaba volviendo loco.

«Quizá un año», pensó ella. Quizá un año entero tocándole el pecho fuera suficiente para satisfacerla. Como poco. Había algo en su olor que la atontaba, algo que Marco no tenía, algo que la volvía débil y fuerte a la vez. Débil de deseo. Fuerte por saberse deseada.

Claudia levantó la cabeza y lo miró a los ojos. Al ver el deseo en ellos, las cosas cambiaron. Ya no era cuestión de jugar y tocar.

Le agarró la cabeza y lo besó con fruición. Fue un beso de placer y no de excitación.

Ross se dio cuenta al instante, le quitó las manos del trasero y le apesó un pecho bajo la camisa. Llevaba un sujetador de encaje que le gustó, pero lo irritó. Quería sentir su piel delicada, quería sentir sus pezones.

–Maldita sea, quiero verte en mi cama.

–Yo, también –dijo ella deslizando sus labios de su boca a su cuello. Ya no podía más. Lo deseaba tanto que le retumbaban los oídos, le parecía oír un claxon. Qué extraño. Ella creía que las mujeres veían estrellitas en esos ocasiones.

–Te quiero desnuda, retorciéndote y suplicándome que entre en tu cuerpo.

–Desnuda, retorciéndome y suplicando –repitió ella.

–Quiero sentir tus piernas alrededor de mi cintura mientras estoy dentro de ti.

–Dentro de mí. Sí, yo también quiero.

–Quiero...

–¡Papá! ¿Estáis bien?

Vieron la luz de la linterna que Rosa May llevaba en la mano. Iba hacia ellos. Estaba cerca.

–¡Para! –le ordenó–. Estamos bien.

–Dios mío –dijo Claudia con expresión de culpa, todavía sentada en su regazo.

Apresuradamente, Ross la sentó en su asiento.

–Ay.

–¿Qué?

–Me he dado con el techo en la cabeza.

–¿Seguro que estáis bien? –insistió la niña.

–¡Abróchate la camisa! –dijo Ross–. ¿Qué haces levantada a estas horas?

–Oí tu coche, vi que se paraba y, al oír el claxon insistentemente, pensé que os pasaba algo.

–Vaya, el claxon –dijo Claudia entendiendo, por fin, que el sonido no estaba en su cabeza.

–Le estabas dando con el trasero –le dijo Ross terminándose de abotonar la camisa.

–No –lo corrigió ella–. Yo tenía el trasero en tus manos y han sido tus manos las que han dado al claxon. ¡Ha sido culpa tuya!

–¿Culpa mía? Si tú no hubieras...

–¿Qué?

«Si no me hubieras puesto a mil por hora», iba a decir, pero se mordió la lengua. Obviamente, la culpa no era de Claudia. Sin embargo, al darse cuenta de que se habían acabado las actividades por aquella noche, se enfadó.

–Rosa May, ve dentro. Ahora vamos nosotros. Solo estábamos hablando.

–Un seis con dos, papá. Falta de credibilidad y de originalidad –dijo la niña riéndose.

–Rosa May –le advirtió.

–Ya me voy, ya me voy –dijo apagando la linterna y dejándolos solos.

Claudia abrió su puerta y se dispuso a salir de la camioneta cuando vio que Ross no se movía.



–Bueno, ¿qué? ¿No vas a venir conmigo a afrontar los hechos?

–No, me voy a quedar aquí unos minutos –gruñó.

Claudia lo miró confundida y, uy, vio el abultamiento de la bragueta. No, se iba a quedar unos minutos, desde luego. Se rio.

–No te rías. No tiene nada de gracioso.

A Claudia le parecía que sí. Su hija de once años los había pillado como a unos adolescentes metiéndose mano en la camioneta. Era gracioso, pero no creyó que fuera el mejor momento para decírselo.

–Bien mirado, nos hemos ahorrado la parte mala.

–¿De qué diablos estás hablando?

–Los dos sabemos que esto habría sido un gran error. Después de haberlo hecho, los dos nos habríamos avergonzado. Nos hemos ahorrado esa parte.

–¿Crees que habría sido un error?

–¿Tú no? Está claro que no tenemos futuro juntos.

–¿De verdad?

–¿No?

–Te has habituado bastante bien a este lugar. Incluso ya sales sola por la granja sin que te tengamos que acompañar Rosa May o yo. A Shannon le gustas.

–A Shannon le gusta que la peine.

–Ya tocas a las vacas sin ponerte guantes.

–Sí, pero vomité cuando descubrí que los nombres de los cerditos no eran de broma.

Ross frunció el ceño. Jamón y Beicon eran los preferidos de Claudia. Ella creía que eran mascotas y, cuando descubrió que eran comida, había ido y lo había puesto de vuelta y media empezando por llamarlo «asesino de cerdos».

Puede que tuviera razón. No estaba hecha para la vida de la granja, así que si no iba a quedarse, ¿qué le llevaba a pensar que hacerle el amor era una buena idea? Sus hormonas, desde luego, aunque no debía permitir que se impusieran al buen criterio de su cerebro.

Por si no había sido suficiente, Claudia siguió con la lista.

–Tú tampoco pegas en Nueva York. No vistes bien y Rosie estaría todo el día metida en casa. No, no y no. No tenemos nada que hacer juntos.

–¿Y si estamos juntos durante el tiempo que estés aquí? ¿Te parecería mal?

«No», pensó. Podía tener una relación con él y luego irse con buenos recuerdos y sin arrepentimientos. Por desgracia, eso lo decían sus hormonas. Aquellos pequeños diablos habían dado un golpe de estado en el cerebro y habían convencido al corazón de que no le dolería. Pero no era cierto. Dejar a Ross atrás le dolería mucho.

No era de las que tenían aventuras aquí y allá. Si tuviera que dejarlo después de haberlo tenido un tiempo, se iría con el corazón desgarrado. Además, él no la quería. La deseaba, sí, pero nada más. Si hiciera el amor con él, ¿le pediría que se quedara? No.

–Sí, me parecería mal –contestó con tristeza.

Ross suspiró. Claudia tenía razón. No podía tener una relación que no iba a terminar en matrimonio delante de su hija. ¿Qué ejemplo le estaría dando?

«Pues pídele que se quede».

Se quitó la idea de la cabeza rápidamente. Ella nunca diría que sí. Tenía su negocio, sus amigos y su vida en Nueva York. Para dejar todo eso, tendría que estar enamorada de él.

Encendió el motor y dejó la camioneta frente a la casa. Ambos entraron en silencio. Se encontraron a Betty dormida en el sofá y a Rosa May sentada en las escaleras, medio escondida

por si acertaba a ver un beso de buenas noches.

–Vete a la cama, Rosa May. El espectáculo ha terminado.

–¡Papá, me he perdido todo! –exclamó la niña dando unos pasos.

–No me engañas. Hay por lo menos cinco pasos hasta tu puerta. Solo has dado tres.

–¡Vaya! –dijo Rosa May yéndose de verdad.

Ross sonrió y Claudia, también. Fue un momento especial en el que le pareció que eran una familia. Casi. Ross y Rosie nunca serían suyos. Aquello la entristeció profundamente.

Despertaron a Betty, le pagaron y le dieron una taza de café para no que no se quedara dormida al volante.

–Me voy a la cama –dijo Claudia sin saber qué hacer.

–Bien. Mañana, haremos como si no hubiera pasado nada.

Claudia asintió y fue hacia las escaleras. De repente, se giró y fue hacia él corriendo.

–Gracias por esta noche, antes de que hiciéramos nada –le dijo dándole un beso en la mejilla.

Se dio la vuelta y subió las escaleras de dos en dos.

Ross se quedó mirándola mientras se iba.

–Quédate –le dijo a una habitación vacía.

–¿Puedo ir a casa de Suzanne? –preguntó Rosa May–. Su padre le ha hecho una piscina y me ha invitado a nadar.

Claudia dejó las tortitas sobre la mesa.

–Te lo has ganado. Esta semana, has trabajado un montón. ¿Quieres que te lleve?

–No, el señor Davis viene a buscarme, pero tengo que llamarlo por teléfono –dijo la niña algo avergonzada.

Su padre le hizo una señal y, cuando se acercó, le dijo algo al oído. Al cabo de unos segundos, la niña se fue arriba.

–Venga –dijo Claudia–. ¿Crees que le voy a decir a alguien que estoy aquí? No tengo intención de ver a Rocco. Confía un poco en mí.

–No es que no confíe en ti.

–Lo sé. No confías en nadie –dijo ella sirviéndose un café–. Ahórrate el discurso. Mi padre me decía lo mismo cuando no quería que saliera con Vito Camarari porque tenía moto.

–Es por tu bien. Así, no podrán dudar de ti si vuelve a haber una filtración.

–Echo de menos a mi amiga. Soy lo único que tiene, además de ese matón de Rocco. Nunca ha estado tanto tiempo sin hablar conmigo. Soy como su madre en muchos aspectos. ¿Cómo te sentirías si no pudieras hablar con Rosie?

No hacía falta contestar a esa pregunta, pero, aun así, no iba a llamar por teléfono.

–Hay otras prioridades para hoy.

Vaya, como se había ido Rosie, le tocaba a ella ocuparse de las labores de la granja.

–Vamos a hacer un trato. Yo me ocupo de darles de comer a las gallinas y de recolectar los huevos, excepto los de Gretchen, obviamente. Me encargaré también de poner paja limpia, pero no de limpiar las cuadras. Mis días de ordeñar quedaron atrás, eso ya lo sabes, pero puedo meter a las chicas en el establo. Me niego a dar de comer a los cerditos porque no quiero contribuir a su muerte para que te sirvan de desayuno. ¿Te parece bien?

–Bien, pero no me refería a eso.

–Ah.

–Te voy a enseñar a conducir.

–¿Eh?

–Tienes que saber conducir por si necesitas salir a buscarme a mí o salir en busca de ayuda. Elige: coche o caballo.

Estaba anocheciendo y Rosa May se iba a quedar a dormir en casa de su amiga. Hubiera estado nerviosísima de quedarse sola con él si no fuera porque en aquellos momentos no lo soportaba.

–Te he dicho marcha atrás. Marcha atrás. ¡Para atrás! –gritó él.

–¡Deja de gritarme! Es la última vez que te lo digo –gritó ella–. Lo estoy intentando.

La camioneta avanzó, se quedó clavada con las ruedas hacia dentro y se oyó un ruido terrible que iba a convertir al mecánico de Ross en un hombre rico. Todo eso sin conseguir ir hacia atrás.

Ross tomó aire y le puso su mano sobre la de Claudia, que la tenía en la palanca de cambios.

–Primera –le indicó metiendo la marcha–. Segunda, tercera, cuarta y marcha atrás.

–No sé para qué se necesitan cuatro marchas para ir hacia delante y solo una para ir para atrás. Delante y atrás, con dos bastaría.

–El acelerador a la derecha, el freno en el medio y el embrague a la izquierda. Tienes que embragar y cambiar a la vez.

Claudia se miró los pies y miró los tres pedales. No era tonta, pero le estaba costando entenderlo. Tal vez, fuera el vocabulario.

–No sé por qué, pero, cuando embrago, me da por tirar de esta palanca.

–Pues eso es el freno de mano –le dijo Ross con paciencia.

–¿Cuál es la diferencia entre el freno de mano y el freno normal?

–El de mano lo utilizas en caso de emergencia o cuando has aparcado –contestó él–. Va a ser más fácil si te lo demuestro. Cámbiame el sitio.

Con naturalidad, la levantó, la puso en su regazo y luego hacia un lado. Se colocó al volante y echó el asiento hacia atrás al máximo.

–Bien, ven aquí –dijo agarrándola de nuevo y colocándola entre sus piernas–. Mira. Embrago y cambio a la vez.

Claudia sentía sus brazos junto a los suyos y sus manos sobre las suyas, una en el volante y otra en la palanca de cambios. Sus piernas abrazando las suyas y sus pies sobre los suyos.

–Eh, ten cuidado. Me estás estropeando las sandalias con esas botancas.

Ross miró hacia abajo dispuesto a discutir con ella, pero no pudo articular palabra al ver sus piernas blancas como la leche. Llevaba pantalones cortos también blancos y eso hacía que se notara que le había dado un poco el sol. Eran tan cortos que se preguntó dónde le cabían las braguitas. Aquella idea hizo que su imaginación se disparara seguida por otras partes de su anatomía. Intentó sentarse mejor y se dio cuenta de que desde su posición le veía el escote.

Claudia sintió una bocanada de aire caliente en la nuca. No era un resoplido de enfado ni un suspiro. Era algo caliente y excitante, que le recordó que la tenía entre sus brazos.

Dejaron de pelearse y se hizo el silencio. No se atrevía ni a moverse ni a respirar. Intentó no apoyarse en él. Si hubieran encendido una cerilla, la camioneta habría saltado por los aires.

Pasó el tiempo y comenzó a hacerse evidente lo que estaba ocurriendo. Si uno no decía algo, era inevitable que ocurriera lo que ambos habían dicho la noche anterior que no debía ocurrir.

–Me parece que me voy a tener que pensar lo del caballo –anunció Claudia.

## Capítulo 8

BUENA idea! –exclamó Ross abriendo la puerta a toda velocidad para escapar. Hechos un nudo, los dos cayeron al barro. De allí, fueron directos al establo en busca de un caballo.

Claudia esperó a que Ross sacara a Shannon.

–No sé si me parece tan buena idea –dijo una vez recompuesta y menos excitada.

Ross ensilló a la yegua y le dio las instrucciones oportunas, tras indicarle que montara sin tacones.

–Toma las riendas en la mano izquierda, pero no demasiado altas para que no te des en la boca. Pon el pie izquierdo en el estribo.

Claudia obedeció, pero el maldito animal se movió y ella fue detrás dando saltitos con una sola pierna. Por fin, pudo sacar el pie del estribo y, al hacerlo, se cayó de espaldas al suelo.

–Inténtalo otra vez. Yo te agarro a Shannon para que no se mueva.

–Muy amable por tu parte.

–Agárrate a su cuello para no perder el equilibrio. Pon las dos manos en su cuello y el pie izquierdo en el estribo. Arriba.

«Vamos, Claudia, arriba», se dijo a sí misma.

–¿Estás haciendo fuerza para subir? –preguntó Ross dando la vuelta alrededor de la yegua y colocándose detrás de ella.

–Sí –gruñó ella. Estaba intentándolo, pero no estaba consiguiendo nada. Nunca había tenido fuerza en los brazos.

–Estás haciendo todo el esfuerzo con los brazos. Inténtalo también con el pie.

Buena idea. Claudia comenzó a estirar la rodilla, pero, en vez de subir, se fue hacia atrás. La yegua, asustada, comenzó a moverse y Claudia se fue al suelo de nuevo.

Aquella vez Ross llegó a tiempo de agarrarla, pero ambos cayeron al suelo, Claudia encima de Ross.

–¿Y si aprendo a correr muy deprisa? –propuso ella.

Ross se rio y le quitó una mancha de barro que tenía en la mejilla.

–Vaya.

–¿Qué?

–No llevas laca. Te puedo pasar los dedos por el pelo sin que se me queden pegados.

–Es porque casi no me queda –le explicó–. Como me niego a comprarme cualquier laca mala, había pensado que, si me quedo más tiempo, podría pedir la mía, que es de una marca muy buena.

–Si te quedas.

–Si me quedo.

Al pensar los dos en la otra posibilidad, lo que les había parecido mal la noche anterior les parecía de lo más normal a la luz del día. No tenían mucho tiempo, así que, como lo inevitable era... inevitable, no había tiempo que perder.

Ross no hizo ningún esfuerzo por quitársela de encima y ella estaba de lo más a gusto sobre él.

–¿Claudia?

–¿Sí?

–Rosa May no va a dormir en casa –dijo acariciándole el pelo.

–Ya lo sé –dijo ella acariciándole la cara.

–¿Y qué vamos a cenar? –preguntó Ross masajeándole el cuello.

–Había pensado hacer berenjenas con parmesano –contestó ella dándole besitos por la frente, los ojos y los pómulos.

Ross deslizó las manos por su espalda y, como si no tuviera control sobre ellas, las plantó sobre su trasero.

–Odio las berenjenas.

–Bruto –dijo ella mordiéndole el lóbulo de la oreja.

–Claudia, ¿lo has hecho alguna vez en un establo, sobre una bala de paja?

–No, y no tengo ninguna intención de empezar ahora. ¡Quiero una cama grande, blanda y que huela bien!

Riéndose, Ross se levantó y la agarró en brazos. Siguiendo la tradición de los mejores héroes románticos subió las escaleras de dos en dos mientras ella no paraba de darle besos por la cara y el cuello. Al llegar a su habitación, la dejó en la cama y se quedó mirándola.

–¿Qué miras?

–A ti en mi cama. Me estaba preguntando si es verdad o estaba soñando.

Para demostrarle que era cierto, Claudia le pasó los brazos por el cuello y lo besó. Ross se quitó la camisa. Mientras lo hacía, Claudia lo observó bajo la luz del atardecer. Era como un dios de bronce. Aquellos músculos que había tocado la noche anterior estaban ante ella para que los admirara y los besara. Se irguió y deslizó la lengua por su torso.

Ross echó la cabeza hacia atrás y suspiró de placer.

–Te toca –dijo desgarrándole la camiseta.

–Era de marca –protestó ella débilmente.

–Pues ahora es un jirón polvoriento –dijo él sin pizca de remordimiento mirándole los pechos. Se disponía a quitarle el sujetador de encaje del mismo modo, pero ella se lo impidió.

–¡Espera! Es mi Wonderbra favorito –dijo quitandoselo.

Desnuda, se tumbó en la cama. Él se quedó mirándola.

–Las tengo muy pequeñas.

–Son perfectas –dijo inclinándose para meterse un pezón en la boca. Hubiera jurado que sabía a leche hidratante de lilas.

–Dulce –gimió.

–¿Mi crema hidratante de lilas?

–No, tú.

Conmovida, lo miró a los ojos.

–Nadie me había hecho sentir así. No sé cómo puede ser así cuando somos tan diferentes.

–No pienses –le ordenó Ross porque lo último que quería era ponerse él a pensar en sus sentimientos respectivos. Lo que quería era perderse en el interior de su cuerpo y saber, por una vez, lo que era la pasión de verdad–. Tócame.

–Ya te estoy tocando –dijo ella, que tenía los dedos entrelazados en el vello de su pecho.

–Más abajo –ordenó.

–Ya estamos mandando –protestó Claudia. Sin embargo, obedeció. Bajó por la tripa y le desabrochó el cinturón, los botones y la cremallera.

Lo encontró duro y caliente. Lo apretó como había hecho para ordeñar la vaca, pero, en vez de mugir, él gimió.

–Ahora –dijo Ross–. No puedo más.

Le quitó los pantalones en un abrir y cerrar de ojos. Solo quedaban unas diminutas braguitas de

encaje. Pensó en quitárselas con los dientes, pero las apartó. Se quitó las botas, los vaqueros y los calzoncillos y lo tiró todo al suelo. Desnudo, se tumbó sobre ella hasta que todas y cada una de las partes de sus cuerpos estuvieron en contacto.

–Esto es demasiado –gritó Claudia. Estaba tan excitada que no podía procesar todas las sensaciones. Sus muslos cubiertos de vello contra su delicada piel, su tripa musculosa sobre su estómago, sus pezones jugueteando sobre sus pechos.

El corazón se le salía del pecho. Aquel hombre, fuerte, sincero y divertido estaba encima de ella haciéndole ver que estaba enamorada de él. Cuando sus dedos se abrieron paso por su entrepierna, sintió más que placer físico. Sintió que estaban unidos. Aquello solo había sido una muestra, pero lo quería todo. Absolutamente todo.

–Por favor –rogó con lágrimas resbalándole por las mejillas–. Quiero saber...

–Sí –dijo Ross porque él también quería saberlo. Se levantó un poco, se colocó entre sus piernas, tomó una de sus manos y se la puso en el miembro para que lo guiara.

Claudia lo hizo encantada. Sintió su sexo en el centro de su cuerpo. Sintió presión, plenitud, entrega y una saciedad que la dejaron sin aliento. Le puso las manos sobre las nalgas, aquellas nalgas que había admirado desde el principio, y se concentró en cada embestida.

La estaba tocando en lo más profundo de sí misma. Aquello era lo mejor que había hecho en su vida, dejar que aquel hombre invadiera su corazón, su mente y su alma. Su cuerpo se retorció, se movía y se aferraba a él. No quería que se fuera. Nunca.

Pero era inevitable. Y Ross lo sabía.

–Los dos juntos –le rogó sabiendo que le estaba dando un placer sin igual.

Metió la mano entre sus cuerpos sudados y la acarició en aquel punto tan especial. Claudia arqueó la espalda hasta clavarle los pechos y gritó de placer. Ross supo que estaba tan perdida como él. Una última embestida, y alcanzó el clímax derramándose dentro de su cuerpo como si sus poros lo hubieran absorbido.

Exhausto y saciado, cayó sobre su cuerpo. Sus caricias en el pelo y en la nuca lo relajaron y, en mitad de la niebla que lo envolvía, solo podía pensar en una cosa: «Quédate».

## Capítulo 9

ROSS! –gritó Claudia cuando Ross la puso boca abajo como si se tratara de una de sus famosas tortitas.

–¿Quéééé? –se burló él imitando su acento de Brooklyn, pero sin quitarle las manos de las nalgas para que no se pudiera mover. Llevaba semanas queriendo tenerla así y no iba a dejar pasar la oportunidad.

Todavía no había amanecido. Habían pasado la noche haciendo el amor e intentando dormir un poco. Rosa May llegaría después de desayunar, así que les quedaban unas horas. Ross decidió aprovecharlas y recordarlas toda la vida.

Mordisqueándola subió por sus gemelos y llegó a sus muslos. Claudia clavó las uñas en la almohada y mordió la tela par no gritar. Se sentía como un instrumento en sus manos. Él elegía una cuerda y ella oía una canción dentro de sí.

–¡Ayyy! –exclamó cuando sintió sus dientes en el trasero.

La levantó hasta hacerla sentarse y le agarró los pechos por detrás. Cuando la penetró, Claudia se preguntó cómo había aguantado tanto tiempo sin tenerlo dentro. Se apretó contra él hasta que se produjo una preciosa explosión. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en su hombro.

«Te quiero», pensó decidida a no decirlo en voz alta. Le había dado aquella noche, no podía pedirle más. Se tendría que ir dentro de unos días, incluso antes de que MacCurdy se lo indicara. Cuanto más tiempo permaneciera en la granja, más le costaría irse. Aunque Ross le pidiera que se quedara, tendría que decirle que no.

Él necesitaba una mujer más capaz que ella. Una mujer menos preocupada por la moda y más pendiente de... las vacas. Sería divertido durante un tiempo, pero nada más. Nunca sería una chica de Sun Prairie. Imposible.

Sintió lágrimas en los ojos. En ese momento, él le dio la vuelta y la tumbó sobre la almohada.

–¿Qué pasa?

–¡Maldita sea! Se me van a poner los ojos rojos y se me van a hinchar. No me gusta llorar. Nunca lloro.

–Pero si te pasas el día llorando.

–De eso nada –contestó ella enfadada.

–Lloraste cuando lo de la vaca, has llorado la primera vez que te he hecho el amor, la segunda, la tercera...

–Bien, bien, ya veo lo que quieres decir.

–Sé por qué has llorado en esas ocasiones, pero estas lágrimas –dijo quitándole una de la mejilla– son diferentes. ¿Qué te pasa?

Claudia negó con la cabeza. No quería hablar, temía decir demasiado, temía su reacción.

–Bueno, cuando quieras, me lo cuentas –añadió Ross–. Es una pena, pero ha amanecido.

La noche había terminado y era el momento de volver a desempeñar cada uno su papel.

–Voy a bajar a preparar el desayuno.

–No. Duerme un poco. Ya lo hago yo. Lo único es que procures levantarte antes de que vuelva Rosa May. No quiero que vea...

No quería que viera que habían pasado la noche juntos. No quería que su hija supiera que dos

personas podían hacer el amor y separarse. Tenía razón. Algo tan íntimo como el sexo deberían compartirlo dos personas que quisieran estar juntas. Y ellos no eran así. Sintió ganas de llorar de nuevo, pero giró la cabeza para que no la viera.

Ross se levantó y fue a ducharse.

–Piensa en los recuerdos –se dijo Claudia a sí misma–. Piensa en Nueva York, en tu salón, en Antoinette, en las próximas uñas que vas a hacer, en lo que sea, en todo menos en él. Ni en él, ni en Rosie, ni en la granja, las vacas...

Ring, ring.

Completamente absorbida por su fiesta privada de autocompasión, Claudia intentó no oír aquel ruido.

Ring, ring.

Parecía un teléfono. Se enroscó en la sábana y fue siguiendo el sonido hasta el vestidor. Una vez allí, no le costó ver el cable. Abrió el armario y vio el aparato en la última balda.

Sabía que no debía responder, pero pensó que podía ser una emergencia.

–¿Sí?

–¡Claudia!

–¡Antoinette!

–Cuánto te he echado de menos. Tengo muchas cosas que contarte. No te lo vas a creer...

–Antoinette, ¿cómo has conseguido este teléfono? Se supone que nadie sabe dónde estoy.

–Me lo ha dicho Rocco. Quiere ayudarte. Te estoy llamando porque él me ha dicho que te llamara. ¿Ves? Ya te había dicho yo que era un hombre estupendo, pero tú no me querías escuchar. Ningún hombre es lo suficientemente bueno para ti. Eres demasiado exigente...

–¡Antoinette! ¿Cómo ha conseguido Rocco este número? ¿Cómo que está intentando ayudarme?

–Sí, quiere ayudarte. Mira, no fue él quien mató al de la bañera, fue Jimmy, el que siempre está comiendo chicle. Es él el que te quiere matar por haber ido a la policía. Bueno, él sabe dónde estás, pero no quiere hacerlo con sus propias manos, así que le dijo a Rocco que mandara a los hermanos Caravacci.

–¿Y qué ha pasado?

–Rocco le dijo que no pensaba contribuir a que mataran a la mejor amiga de su futura esposa. ¡Esposa! ¡Por fin, me lo ha pedido! Tengo un solitario de diamantes de verdad y todo. ¿Te lo puedes creer?

–Me encantaría estar tan contenta como tú, pero es que, verás... ¡me están buscando para matarme! –gritó Claudia muerta de miedo.

–Bueno, Claudia, siempre queriendo ser el centro de atención. Por lo menos, podías darme la enhorabuena.

–Tienes razón. Enhorabuena. Espero estar viva para ser tu dama de honor. ¿Podemos seguir, por favor?

–Rocco le dijo que él no llamaba a los hermanos Caravacci, así que los llamó Jimmy. Rocco oyó la dirección. Han salido a buscarte. Nosotros estamos en Wisconsin, pero no creo que lleguemos a tiempo, así que vete de ahí ya.

Iban hacia allí. Los hermanos Caravacci podían estar en la granja. Donde Ross trabajaba y Rosa May jugaba. No podía irse. Si no la encontraban a ella, Dios sabía lo que serían capaces de hacerles a ellos para que hablaran.

–Antoinette, tengo que colgar –dijo colgando. No podía pensar, estaba muerta de miedo.

–La has llamado.

Ross. Claudia se giró y lo vio en la puerta con una toalla a la cintura.



–No puedo creer que lo hayas hecho –añadió en tono acusador–. ¿Sabes lo que podría significar para ti? Por no hablar de Rosa May...

–Yo no la he llamado. ¡Yo no la he llamado! Me ha llamado ella a mí. Un tal Jimmy tenía el número. Jimmy es el tipo que me busca. Ha mandado a los hermanos Caravacci. ¡Tenemos que ir a buscar a Rosie y largarnos de aquí!

Ross vio el miedo en sus ojos y percibió el temor en su voz.

–¿Es verdad lo que me estás diciendo?

–Te lo prometo. ¿Crees que pondría en peligro tu vida después de lo que hemos compartido esta noche? ¿Crees que querría que le hicieran algo a Rosie? La quiero, quiero... esta tierra. Por eso, tenemos que irnos. Por favor, créeme.

La creía. Sabía que no era tonta y sabía que nunca los pondría a él ni a su hija en peligro. Eso quería decir que alguien había filtrado dónde estaba. La lista no era muy larga.

Ross se vistió en segundos y sacó del armario la pistola que había guardado hacia años.

Claudia sintió ganas de vomitar.

–¿Una pistola? ¿Para qué? Solo tenemos que agarrar a Rosie e irnos.

–¿Adónde, Claudia? ¿Y qué hacemos, pasarnos la vida huyendo? No pienso irme de mi granja. Llama Rosa May y dile que se quede donde está. El número está abajo. Luego, te montas en el coche y...

–No sé conducir, ¿recuerdas? –dijo nerviosa–. Además, han venido por mí. Si me entrego, os dejarán en paz.

–No te vas a entregar –dijo cargando la pistola. No era automática, pero era lo único que tenían para defenderse.

Claudia corrió a su habitación, se puso lo primero que pilló y bajó por el listín telefónico. Subió a toda prisa y marcó el número. No habló con Rosa May, que estaba durmiendo, sino con la madre de su amiga, que entendió perfectamente que la niña debía quedarse en su casa hasta que los volvieran a llamar.

Volvió a bajar a reunirse con Ross, que estaba cerrando las cortinas y mirando fuera.

–¿Ves algo?

–Al suelo –le ordenó.

Sin pensárselo dos veces, se tumbó boca abajo. Ya había pasado por aquello en Nueva Jersey y en Virginia, pero había sido diferente. Ahora tenía mucho más miedo. Tenía que impedir que le pasara algo a Ross, pero no le estaba dejando que lo ayudara en nada.

–No hay señal de ellos. Les va a costar llegar hasta la casa porque es un espacio muy abierto. Supongo que dejarán el coche lejos y vendrán andando. A ver si, con un poco de suerte, dan con una de las vallas eléctricas.

–¿Por qué no llamamos a la policía?

Ross suspiró y negó con la cabeza.

–Lo había pensado, pero Freddy es un chiquillo. Lo han nombrado sheriff porque su padre lo era antes. Sabe poner multas y acabar con las peleas en los bares, pero no creo que esté preparado para enfrentarse a la mafia.

–¿Y qué hacemos, entonces?

–Esperar.

–Madre mía, ¿qué es esto? –preguntó Donald a su hermano.

–No quieras saberlo –contestó Irving.

–¡Eran italianos! –exclamó refiriéndose a sus zapatos.  
–Olvídate de los zapatos. Hemos venido a dar un golpe.  
–No tendríamos que haber aceptado este trabajo.  
–Eso lo dirás tú.  
–¿En Wisconsin? Aquí no hay nada importante. Si queremos hacernos con las cosas gordas, debemos labrarnos buena fama en Nueva York. Hasta ahora, Claudia no nos ha traído más que mala suerte.  
Irving siguió andando con cuidado.  
–Por eso estamos aquí. Hemos fallado dos veces y tenemos que terminar el encargo. ¿No aprendiste nada de Ma? Ella siempre decía que...  
–Hay que terminar las cosas –dijo Donald. Ya lo sabía, pero Ma no estaba allí andando sobre excrementos de vaca. Levantó la cabeza para ver cuánto les quedaba para llegar a la casa. Unos cuatrocientos metros plagados de vacas. Sus zapatos no iban a salir vivos de allí.  
–Donald, ven y sujétame esto para que pase por debajo –dijo Irving señalando un cable.  
–Menuda porquería de valla –se burló Donald dándole su arma a su hermano. Agarró el cable y se llevó la sorpresa de su vida.

–¡Ayyyyy!  
Oyeron el grito desde dentro.  
–Han encontrado la valla –dijo Ross.  
–Sí, pero eso no los va a dejar inconscientes –dijo Claudia desde el suelo–. Tengo miedo –añadió yendo hacia él–. Por favor, agáchate.  
Él se agachó y la abrazó.  
–Todo va a salir bien –le dijo para tranquilizarla aunque no las tenía todas consigo.  
Se volvió a levantar y siguió mirando por la ventana. Odiaba esperar. Nunca le había gustado. Aquellos hombres habían entrado en su propiedad para hacer daño a sus seres queridos y él tenía que sentarse a esperar. No podía hacer otra cosa.  
Sí, sí podía hacer otra cosa.  
–Claudia, quédate aquí.  
–El protagonista siempre le dice eso a la chica antes de dejarla sola y hacer alguna estupidez.  
Ross sonrió.  
–No haré ninguna estupidez. Te lo prometo –dijo cruzando el salón y la cocina.  
Salió por la puerta trasera y corrió al establo en busca de armas, pero solo vio animales.

–Todavía tengo los pelos de punta –se quejó Donald.  
–No pasa nada, solo ha sido una descarga.  
–Quita, vaca –dijo Irving. Estaba en mitad del rebaño. No parecía que a aquellos animales los molestaran los desconocidos. Ellas iban a lo suyo y se movían sin tenerlos en cuenta.  
–Eh, ay, quita de ahí animal estúpido.  
–Muuu.  
–Muuu tú –dijo Donald dándole un cachete–. Ya te dije que esto no era buena idea. No sabemos nada de dar un golpe en una granja.  
–Deja de gimotear –gruñó Irving–. Ya casi estamos. Una valla más y ya está.  
–¡Pues esa no te la pienso sujetar!

Ross se apostó tras la puerta del establo y esperó hasta que vio aparecer a los dos matones. Cuando cruzaron la valla y entraron en el jardín, disparó y todos los animales salieron corriendo. Se pegó contra la puerta para no ponerse en el camino de Diablo, Shannon, los cerdos y un gato.

Ross estuvo a punto de sonreír. Se quedó observando a los dos bobos, que al girar la cabeza hacia el lugar de donde procedía el disparo, se encontraron con que los iba a patear un rebaño de varios animales.

Shannon se puso a dar vueltas alrededor de ellos, dándoles golpes con la grupa mientras Diablo se ponía a dos patas y relinchaba. Uno de ellos cayó al suelo luchando con los cerdos mientras el otro intentaba mantener el equilibrio aunque Gretchen le estaba picoteando las piernas. Tenía una automática en la mano e hizo amago de disparar a Diablo. Por supuesto, Ross no iba a dejar que eso ocurriera.

Se metió dos dedos en la boca y silbó para que los animales volvieran al establo. Se retiraron y le dejaron a él el campo libre para disparar. Disparó al que llevaba la pistola, que salió volando por los aires.

El otro ya la había perdido en la refriega con Jamón y Beicon.

–No se muevan –gritó saliendo del establo apuntándolos–. Manos arriba.

Los dos obedecieron.

–Túmbense boca abajo y extiendan los brazos al frente. Si alguno se da la vuelta, lo mato –añadió acercándose.

–¿Ha terminado? –preguntó Claudia saliendo con una sartén en la mano.

–¡Vuelve dentro!

–Bueno, bueno. No te enfades. Voy a llamar a la policía– dijo dándose la vuelta. Pero descubrió que aquellos dos le sonaban de algo.

–¿Irving? ¿Donald?

–Hola, Claudia.

–Hola, Claude.

–¿Los conoces? –preguntó Ross de piedra.

–Sí –contestó enfadada porque dos compañeros de colegio quisieran matarla–. Pero no se apellidan Caravacci sino Schultz. Irving y Donald Schultz.

–Caravacci quedaba mejor, ya sabes... más chulo, más italiano –explicó Irving.

–Donald.

–¿Sí, Claudia? –dijo él compungido.

–Pero si me pediste que fuera a la fiesta de graduación contigo.

–Sí, y me dijiste que no. Nunca lo he olvidado –protestó.

–¡Pero si fui a la Escuela de Belleza de Brooklyn con tu hermana! –exclamó Claudia. Eran casi familia. Desde luego, algunos no tenían escrúpulos–. ¿Qué tal está Ingrid, por cierto?

–Bien. La han ascendido de lavar cabezas a estilista –contestó Donald muy orgulloso.

Ross pensó que se lo había tragado un agujero negro y estaba en otra dimensión. Era la única explicación a la conversación entre la chica de la sartén y los dos matones tumbados boca abajo.

–¿Has terminado o quieres hablar un poco de la fiesta de graduación?

–Sí, he acabado –contestó Claudia.

–Voy a llamar a la policía y luego a Frank. Me parece que ya sé quién es el famoso Jimmy.

MacCurdy se metió dos tabletas más de nicotina en la boca y las masticó con ferocidad. Estaba apuntando a la pareja por detrás.

–Siempre fuiste el mejor, Ross. Una leyenda.

## Capítulo 10

MACCURDY –dijo Ross con una sonrisa amarga.

–¿MacCurdy? –dijo Claudia sin comprender lo que estaba sucediendo.

–¿No sabes su nombre de pila? Te presento a James MacCurdy III, tal vez más conocido entre la mafia como Jimmy.

–Antoinette tenía razón. Tienes ojos pequeños y brillantes.

–Así que lo has adivinado, Ross. Supongo que habrá sido tu maldito estómago.

–No ha sido muy difícil. Rocco sabía dónde estaba Claudia. Solo Frank, tú y yo lo sabíamos. Yo, desde luego, no se lo he dicho.

–Y el bueno de Frank no iba a ser –dijo MacCurdy.

–Frank es un hombre bueno. Tú... vamos a dejarlo en que tenía mis sospechas.

–¿Yo? ¿De verdad? –se burló el otro–. Cuando éramos compañeros, estaba limpio. No empecé con la mafia hasta hace unos años.

Tiempo. Ross necesitaba tiempo para planear la huida. Le había quitado la pistola y los hermanos Cara... Schultz se estaban levantando. Pronto serían tres armas contra ninguna.

–¿De qué va todo esto, MacCurdy? ¿Es para sacarte un sobresueldo?

–Al principio, no –contestó el otro aparentemente ansioso por confesar–. Empecé dando información de vez en cuando, pero, ya sabes, si haces bien tu trabajo y te esfuerzas, siempre te promocionan.

–¿Por qué estaba desnudo? –preguntó Claudia.

A Ross no le parecía importante, pero tenía que ganar tiempo.

–Lo maté mientras se estaba duchando. Lo que no sabes es que ese hombre vivía encima de Rocco. Estaba sacando el cadáver cuando entró la policía en el edificio y, como la casa de Rocco estaba más cerca, lo metí allí. Lo dejé en la bañera con tres bolsas de hielo que Rocco tenía en la nevera para que no oliera y me fui. Supuse que Rocco tendría la boca cerrada. No conté con que su novia y tú lo encontrarais y fuerais a la policía. Cuando saliste, te diste de bruces conmigo. Por eso, tenía que quitarte de en medio. Como precaución, ya sabes.

–Claro. Como precaución –dijo Claudia–. ¿Y por qué me traje aquí?

–Para cuando di contigo, el FBI ya estaba investigando. No podía matarte rodeada siempre de agentes.

–Perdón por no ser un blanco fácil –dijo ella sarcástica.

–¿Ha sido por dinero? –preguntó Ross. «Sigue hablando, MacCurdy, qué listo eres».

–¿Por qué iba a ser si no? No iba a llegar a nada viviendo a tu sombra. Estaba harto de que tener que estar demostrando lo que valía constantemente, así que me busqué un trabajo que se me daba bien. Sé lo que quiero y lo hago bien.

–No del todo –le recordó Ross–. Has fallado con Claudia dos veces.

–No, yo no. Estos dos idiotas –dijo refiriéndose a los gemelos–. Menos mal que, esta vez, no he dejado nada al azar. Basta de charlas, que tengo muchas cosas que hacer hoy. Ellos se encargarán de cargársela mientras yo llamo al número de Rocco desde tu teléfono. Frank creerá que Claudia volvió a llamar a su amiga y Rocco irá a la cárcel en mi lugar. ¿Ves? Perfecto –dijo girándose hacia los hermanos–. Bueno, chicos, vamos allá.

–¿Vais a dejar que un tipo que os acaba de llamar idiotas os dé órdenes? De verdad, Donald, de verdad, Irving, sois mucho mejores que este necio –dijo Claudia mirándolos por el encima del hombro de MacCurdy.

–Disparad –ordenó el hombre–. Ahora.

–No lo hagáis. Pensad en la fiesta de graduación. ¿Queréis matar a la chica que estuvo a punto de ir con uno de vosotros? Y pensad en Ingrid. Nunca habría aprobado la asignatura de tinte si no hubiera sido por mí. ¿Dónde estaría ahora? Lavando cabezas toda su vida.

Ross no se lo podía creer. Los hermanos Schultz parecían indecisos. Era entonces o nunca. Pero MacCurdy seguía apuntándolos. Tenía que distraerlo.

Pi, pi.

–¡Claudia! ¡Soy yo, tu amiga comprometida y fiel empleada!

–¡Antoinette!

Un cadillac negro apareció por el camino de entrada con una rubia despampanante asomada por la ventana. Iba agitando los brazos y pegando unos gritos que hacía huir a las vacas. Todos se quedaron mirando.

Incluido MacCurdy.

Ross reaccionó rápidamente. Se giró y le dio un puñetazo en la mandíbula con una mano mientras con la otra le quitaba el arma. Para cuando los demás recordaron lo que estaba sucediendo y se giraron para seguir con la conversación, Ross estaba encima de MacCurdy, que estaba inconsciente.

–¿Cómo lo has hecho? –preguntó Claudia impresionada.

Ross no contestó.

–Bueno, ¿qué vais a hacer? –dijo mirando a los gemelos Schultz.

Los hermanos miraron sus automáticas y la pistola de Ross. Seguían siendo dos contra uno.

–Nadie va a disparar a nadie –dijo Rocco bajando del coche–. Irving, Donald, bajad las armas, bobos.

Los gemelos obedecieron y Ross también bajó la suya.

–Supongo que tú eres Rocco –dijo tendiéndole la mano.

–Sí. ¿Y usted? –dijo el otro estrechándosela demasiado fuerte.

–Ross Evans, el dueño de la granja.

–Como el de las salchichas, ¿verdad? –dijo Antoinette.

–No –contestó Claudia haciendo una mueca de resignación–. Ese es Bob Evans, no Ross. Este hombre es el que me ha escondido estas semanas.

–Ah –dijo su amiga mirando a Ross de arriba abajo parándose en los lugares más interesantes de su cuerpo–. Ahhhh.

Claudia estalló en carcajadas mientras Ross se ponía rojo y bajaba la cabeza.

–¿Y exactamente dónde te ha tenido escondida?

–No es el momento de hablar de ello –dijo Claudia pensando que ella también se iba a poner roja–. ¿Qué hacemos ahora? –añadió mirando a Ross.

–Voy a llamar a Frank para contarle todo este lío.

–Nadie va a llamar a nadie –dijo Rocco tirándose de los tirantes.

Claudia puso los ojos en blanco.

Ross lo miró aburrido.

Antoinette lo observó orgullosa.

Los Schultz se pusieron detrás de él.

Y MacCurdy gimió.

–Rocco, tengo un agente corrupto al que entregar. Eso es todo lo que voy a decir al FBI. MacCurdy será acusado por el asesinato del hombre desnudo, tal y como lo llamáis todos. Te puedes ir.

No había que ser un lince para entender que lo que Ross le estaba proponiendo era lo mejor para todos.

Rocco no era un lince, no.

–¿Me estás diciendo que... me puedo ir?

–Sí. Llévate a los gemelos.

–Sííí. Eso es lo que voy a hacer –dijo Rocco como si se lo hubiera tenido que pensar–. Preciosa, métete en el coche. Vosotros, en el asiento de atrás.

–Hasta luego, Claudia –dijo su amiga dando tumbos con los tacones–. Cuando vuelvas, no te olvides de comprarte un vestido.

–Ya te llamaré.

Una vez que el cadillac se alejó formando una gran polvareda, Claudia miró a MacCurdy, que estaba volviendo en sí.

Ross se agachó y le soltó otro puñetazo, que lo volvió a dejar KO.

–Mi héroe –dijo ella pasándole los brazos por el cuello–. Ya sabes que el protagonista siempre se lleva el beso de la chica después de haberla salvado.

–Pues menudo protagonista pringado –dijo Ross tomándola en brazos y tocándole el trasero–. Yo pienso conseguir mucho más de la chica después de todos mis esfuerzos.

–¿Y qué pasó entonces? –preguntó Rosa May emocionada.

Ross y Claudia se sonrieron.

–Atamos a MacCurdy y lo dejamos fuera mientras nosotros nos íbamos a... echar una siesta.

–¡Chicos, estáis hechos unos viejos!

Ross se dio cuenta del miedo que había pasado por Rosa May y por Claudia. Aquel miedo le había hecho ver la verdad: las dos eran su familia. La revelación le confirmó que estaba enamorado de Claudia.

Por eso, lo tenía desasosegado que Frank hubiera dicho, al ir a detener a MacCurdy, que volvería a por Claudia al día siguiente.

Ella no había dicho nada. No había protestado ni lo había mirado en busca de opinión. Se había limitado a asentir y a mirarlo con una gran sonrisa. Sabía que no era una sonrisa sincera, pero no había dicho nada, así que él tampoco había abierto la boca.

¿Querría quedarse? Imposible. Odiaba la granja, ¿no? La verdad era que cada vez se le daban mejor los animales y había convertido la casa en un hogar que olía a comida italiana y a su perfume.

Además, prácticamente tenía un salón instalado en su despacho. Todo lleno de esmaltes de colores, lociones e instrumentos de formas raras que a él le parecían aparatos de tortura.

Y, sobre todo, él tenía algo que ofrecerle: amor y una familia.

¿Sería suficiente? Todo había sucedido tan rápido que Ross no creía poder convencerla de que era de verdad. Si se iba, estaría perdido. ¿Dónde iba a encontrar otra como ella?

«Pídele que se quede».

Pero, ¿y si se quedaba y descubría más tarde que no soportaba vivir allí? Eso sería horrible para Rosa May. Sería como volver a perder a una madre. No podía permitirlo.

No podía pedirle que se quedara.

Claudia se enrolló en la manta aquella noche y tomó aire. Intentaba sofocar los sollozos, pero, al final, se dio por vencida. Se puso la manta por la cabeza y hundió la cara en la almohada.

Tras unos minutos, exhausta, tuvo que darse la vuelta porque se iba a ahogar. Ross tenía razón. Lloraba mucho. Pero solo cuando tenía una buena razón. Y aquella noche tenía la mejor de todas.

Él no le había pedido que se quedara.

No podía quedarse aunque hubiera sido así, porque estaba convencida de que no era la mujer con la que él debía casarse. Aun así, quería haber tenido la oportunidad de decirle que se iba por su bien. Pero él no le había dado la ocasión.

—¿Por qué? —preguntó al silencio de la habitación. ¿Por qué no le había pedido que se quedara? ¿Por qué no podía ser la mujer apropiada para él? ¿Por qué se había enamorado de él sabiendo que no tenían futuro?

No tenía respuestas. Solo le quedaba irse con Frank por la mañana. Decidió despedirse lo más normal posible y andar hacia el coche estoicamente sin mirar atrás. Ni una sola vez.

La mañana llegó pronto. Antes que de costumbre porque se había pasado casi toda la noche llorando. Abrió los ojos y giró la cabeza bostezando. Y lo vio. Allí estaba, apoyado en la puerta con los brazos cruzados sobre aquel pecho escultural.

«Qué pecho», suspiró. Un pecho que no volvería a tocar en su vida.

Sintió deseos de llorar de nuevo, pero se contuvo. No iba a volver a llorar hasta que estuviera montada en el avión rumbo a Nueva York. Tenía que ser fuerte.

Se quedaron mirando. Las palabras sobraban. Claudia sabía que Ross estaba recordando la cantidad de veces que la había tenido que sacar de la cama. Y ella estaba recordando la cantidad de veces que se había quedado en la cama adrede para que él fuera a levantarla. Lo sonrió y él le devolvió la sonrisa. Estaban pensando en lo mismo.

«Pídeme que me quede».

«Pídele que se quede».

—Arriba. Como es tu último día aquí, Rosa May y yo te hemos preparado el desayuno. Queríamos darte las gracias por todo lo que has hecho por nosotros.

Claudia asintió, pero no dijo nada porque, si hubiera abierto la boca, habría dicho algo como: «Para empezar, no me des las gracias. He hecho lo que he hecho porque os quiero. Y, para seguir, ¡no me puedo creer que no me vayas a pedir que me quede, cobarde!».

De repente, tuvo la corazonada de que, tal vez, no se lo hubiera pedido porque no estaba seguro de su respuesta. Se había quejado mucho de la vida en la granja y había hablado con orgullo de su ciudad y de su negocio.

—Ross —le dijo cuando él iba a salir de la habitación.

—¿Sí?

—Yo... eh... —sonrió—. Me lo he pasado muy bien.

Ross asintió, no dijo nada y se fue.

Falsa corazonada. Entonces, se enfadó. Le acababa de decir prácticamente que le gustaba su maloliente granja y ni por esas le había pedido que se quedara. ¿Qué tenía que hacer? ¿Señales de humo? ¿Pintárselo en la frente con carmín? Se levantó y se vistió. Se puso el impresionante conjunto que había dejado fuera la noche anterior: pantalones de cuero y jersey verde lima con los hombros al aire con sandalias a juego y el pelo más voluminoso que nunca. Para que se



arrepintiera toda su vida de haberla dejado partir.

Una vez abajo, vio que Rosa May estaba intentando ser valiente, pero tenía las mejillas coloradas y los ojos hinchados. Aquella niña necesitaba una madre y ella necesitaba a aquella niña. No era justo que tuvieran que separarse porque Ross fuera un cabezota. Otro motivo para enfadarse con él.

–He hecho tortitas –anunció él.

Claudia cruzó la cocina furiosa y se sentó a la mesa.

–Todo va a ir bien, cariño –le dijo a la niña apretándole la mano.

–No. Te vas y no sé cuándo te volveré a ver.

Claudia no dijo nada. Miró a Ross para ver el impacto de las palabras de su hija. Nada, seguía haciendo tortitas.

–Ya basta, Rosa May. Claudia no quiere verte llorar –dijo Ross. «Ni yo», pensó para sí. Ya le costaba aguantar su propio dolor. Ver el de su hija era demasiado–. ¿Por qué no sales a saludar al tío Frank? Me parece que acabo de oír su coche.

Aquello era el final. Frank ya había llegado. Ross seguía sin pedirle que se quedara y se iba a tener que ir. El sentimiento de pérdida era tan fuerte como cuando murió su madre.

–Hola, Ross –saludó Frank entrando–. Hola, señorita Bertucci. ¿Lista para volver a la civilización?

–Sí –contestó ella educadamente, pero sin sonreír. No podía.

–Voy por tus cosas –anunció Ross sin saber qué hacer.

–Perdona, Frank –dijo Claudia yendo en busca de Rosa May.

La encontró sentada jugando con un palo en el césped.

–¿Ha llegado el momento?

–No lo digas como si fuera a la silla eléctrica. Puedes venir a verme a Nueva York cuando quieras. Quizá el próximo verano...

–No entiendo por qué no te quedas. ¿No nos quieres? Yo creía que sí. Tú y papá...

–No es tan sencillo. Sabes que te quiero.

–¿Es por la granja?

–No.

–¿Es porque no tenemos cafetera exprés? Si es por eso, he visto una en un catálogo que estaba muy bien de precio.

–No, no es por eso. Aunque debería haber una en todas las casas.

–Entonces, ¿por qué es?

Claudia se encogió de hombros. ¿Cómo explicar lo que ni ella misma entendía?

–Eh...

–Ya está todo –anunció Ross metiendo la última maleta en el maletero del coche de Frank. Ambos se despidieron con un apretón de manos.

–Voy por mi bolso –dijo Claudia.

Entró en la casa despacio y agarró el bolso, que estaba en el salón. Miró a su alrededor una vez más e intentó no pensar que todo aquello podría haber sido suyo si Ross se lo hubiera pedido. Amaba aquella granja. Allí se sentía protegida y segura. Nunca lo olvidaría.

Echó los hombros hacia atrás, levantó el mentón y bajó los escalones hacia el coche. Quería que fuera lo más rápido e indoloro posible. Sin darse la vuelta, sin mirar, ni siquiera de reojo. Nada. Sabía que Ross y Rosa May estaban juntos mirando, pero no quería mirarlos. No podía.

Cuando estaba cerca del coche, se paró.

–¿Qué estás haciendo? –se dijo a sí misma–. ¡Métete en el coche!

Su cuerpo no la obedecía.

Ross la observó. Estaba parada a medio camino entre la casa y el coche. Parecía que estaba hablando sola. Frank la estaba mirando como si se hubiera vuelto loca.

Entonces, se dio la vuelta y salió corriendo directa a él.

–Primero –gritó.

Ross sonrió.

–No me puedo creer que fueras a dejar que me metiera en ese coche y me fuera cuando saber perfectamente que quieres que me quede. Segundo.

Ross sintió que lo embargaba la felicidad.

–No me has dado la oportunidad de demostrarte lo noble que soy porque te habría dicho que no me puedo quedar porque necesitas a alguien mejor que yo para que te ayude a llevar esta granja maloliente.

Ross dio un paso al frente, la tomó de la cintura y la levantó hasta apoyarla en su pecho. El lugar perfecto para ella.

–Tercero –añadió más calmada al verse donde siempre había querido estar–. La nobleza, para los pájaros. Aunque no sea la compañera de trabajo perfecta, te quiero y seré una esposa espectacular.

Rosa May comenzó a dar brincos y a emitir gritos de alegría.

–Cuarto –dijo Ross–. Yo también te quiero. Con todo mi corazón. Eres la mejor compañera que puedo tener.

–Voy a abrir un salón en la ciudad.

–¿Eso quiere decir que me vas a dejar el despacho libre los lunes?

–Sí, pero nos vamos a comprar una máquina exprés.

–Bien, pero vas a tener que aprender a ordeñar las vacas.

A Claudia le pareció un buen trato y lo sellaron con un beso.

Sintió que irradiaba felicidad de pies a cabeza. Lección número cinco de la Escuela de Belleza de Brooklyn: ¡el amor es el mejor cosmético!